

IMPRESION

publicación de la facultad de ciencias y artes de la comunicación de la pontificia universidad católica del Perú



el transurbano

Un viaje de combismo en viaje ininterrumpido

EL habitat de **Lurigancho**

El poder de los PERIODISTAS

contenido



palabras

Lima es una ciudad gris, hipócrita, un cielo oscuro, una panza de burro. Lima es sobre todo el lugar desde el cual escribimos, nuestro punto de referencia. Desde esta media tinta, invivable pero insustituible, un grupo de jóvenes nos exponemos a la nada hipócrita tarea de compartir nuestras inquietudes, ideas y experiencias. Éxito o fracaso, ensayo y error, caída. Levantarse y seguir. Pero sobre todo, aprender.

Porque a fin de cuentas eso es la vida. Y en la vida del periodista solo la terquedad conduce al éxito. Equivocarse y enmendar es parte del camino, un camino al que hay que aferrarse con uñas y dientes.

También son parte del camino las piedras que siembran todos aquellos que están en contra de la verdad. Por supuesto, no hablamos de Verdades así, con mayúsculas, sino de aproximaciones y una avidez necia por encontrar respuestas parciales que de alguna manera contribuyan a "arreglar el mundo".

Sí, cambiar el mundo, ese cliché juvenil. También para eso es la juventud, para ser incendiarios con nuestros quizás ingenuos ideales, para jurar que jamás seremos viejos. Que jamás perdemos la esperanza ni la tenacidad. Que de cada caída tomaremos lo aprendido y nos olvidaremos del dolor. Porque del dolor viene el miedo y del miedo la inacción. Y nosotros tenemos que seguir hasta el final.

Los viejos, bonachones y comprensivos nos dirán: "cuando tengas mi edad ya no pensarás así". Y aunque fuera cierto, no podemos abdicar siendo jóvenes, a la juventud.

Eso es lo que tratamos de transmitirles en estas páginas. Que no queremos con esto otra cosa más que aprender. Y solo se aprende con entrega, cayéndose quizás, fracasando a veces. Pero dándolo todo. Con el corazón, solo así se hacen bien las cosas.

María Eugenia Guevara.

Director: Jorge Luis Cruz

Colaboradores: José Puga, Paul Maquet, Manuel Bonilla, Lucero Del Castillo, Pavel Robles, María Eugenia Guevara, Manuela Nuñez, Lizbeth Luna Victoria, Fredy Ruiz, Alan Saavedra, Lorena Álvarez, Fernando Yépez, Juan Carlos Salas, Ricardo Icaza, Milagros Gonzáles, Ana Cecilia Deustua, Miguel Angel Mejía, Rodolfo Arrascue, Manuel Vera Tudela, Carlos Jauregui, Alondra Quiroz.

Coordinador especialidad de periodismo: Abelardo Sánchez-León.

Diseño y diagramación: Margarita Ramírez y Carolina Arredondo.

Diseño de carátula: Carolina Arredondo.

Corrección: Diana Cornejo

PARTIDOS Y SOCIEDAD: UN DIVORCIO POR LAS MALAS

¿Hasta que la muerte

Cuando se empezó a discutir el tema de este número de Impresión, surgió una palabra: caos. El Perú de Toledo da la sensación de estar sumergido en crisis continuas y explosiones periódicas cuyo horizonte final no vemos. Una dosis de caos, claro, siempre es deseable. Dios nos libre de cualquier orden férreo. Pero ¿por qué el espacio de la calle habla un idioma y los políticos otro? ¿Por qué las inmensas movilizaciones que hemos vivido una y otra vez desde el 2000 no dan origen a propuestas coherentes de país?

Falta poco para las elecciones del 2006. Todo indica que Alejandro Toledo colocará la banda presidencial en las manos de su sucesor, y así el Gobierno cumplirá su principal objetivo de los últimos 3 años: durar. La inestabilidad parece alejarse y la calma regresa para políticos y politólogos. Los candidatos con más opciones forman parte del sistema formal. ¿Ganará Alan, Lourdes o Valentín? En cualquier caso, ganará un partido fundado antes de los 60.

Salvo sorpresas, por primera vez desde 1990 las elecciones se las disputarán los "partidos tradicionales". Los independientes improvisados están fuera de carrera: Fujimori, inhabilitado; Toledo, desprestigiado; Antauro, preso; Castañeda, dizque no quiere.

¿Estamos entrando nuevamente a un sistema estable en el que partidos sólidos intermedian los conflictos sociales y representan las aspiraciones de los diversos sectores del país?

EL PERÚ, PARA VARIAR, COLERO

Carlos Franco dijo hace poco que el principal reto de los partidos, los viejos y los nuevos, es reconstruir el "link" con la gente. Un elemento de esa reconstrucción es la relación con los movimientos del pueblo organizado.

Esta relación, en los últimos 20 años, se había roto en casi toda Latinoamérica. Pero casi todas las últimas elecciones de la región muestran que, mal que bien, hay una recuperación, al menos en eso. Muchos de los políticos más importantes pertenecen a las organizaciones sociales que protagonizan los conflictos más graves de sus países. Y al revés: los líderes de organizaciones sociales suelen pertenecer a partidos políticos.

En Ecuador, por ejemplo, la Confederación de Nacionalidades Indígenas (CONAIE) dio lugar al Pachakutik, partido que cogobernó, al inicio, con Lucio Gutiérrez. Lamentablemente, el presidente prefirió (luego) aliarse con los grupos de poder tradicionales y dio la espalda a quienes le permitieron ganar las elecciones. Esa es una de las causas que lo hicieron caer en abril pasado.

En Brasil gobierna el fundador de una de las centrales obreras más representativas, quien mantiene lazos con los movimientos sociales que lo llevaron al poder. En Bolivia, el partido más fuerte, el MAS, nació desde los campesinos que cultivan hoja de coca. Y, para que no se diga que esta es una cosa sólo de izquierdas, podemos hablar de Venezuela: la relación entre la oposición a Chávez y el principal gremio de los empresarios, FEDECÁMARAS, es tan obvia que fue su líder quien ocupó la presidencia del país durante las pocas horas que duró el golpe de estado del 2002.

En el Perú, los partidos siguen divorciados de las organizaciones sociales, y no parece haber reconciliación a la vista.



NOS SEPARE?

DIVORCIO SIN SEPARACIÓN DE BIENES

No es sólo cau-cau de los partidos. El país sufre, desde tiempos de Fujimori, una crisis de la capacidad de cualquier institución de representar a la gente y de mediar en sus conflictos. Un partido representa a personas concretas en la misma medida en que un Centro Federado representa a los estudiantes de su Facultad: es decir, en nada. El Estado no representa a la sociedad; los partidos no representan a las corrientes de pensamiento que en ella existen; las organizaciones sociales no representan a los sectores en cuyo nombre actúan.

Durante todo el gobierno de Toledo, los conflictos sociales se han multiplicado. Los hay de todos los tamaños y colores: desde la unánime oposición de Arequipa a la privatización de EGASA hasta las protestas cajamarquinas contra la Yanacocha, incluyendo a los maestros rasguñando el presupuesto hasta conseguir 100 soles de aumento. Según la Defensoría del Pueblo, en febrero había 67 conflictos locales en curso.

Algunos tienen la ilusión de que esto, en sí mismo, es ya una prueba de democratización de la sociedad. ¿Es así? Un ejemplo: casi todos los conflictos que estallan cada cierto tiempo tienen que ver con el Presupuesto. ¿Mejores sueldos? No se puede. ¿Una carretera? No hay plata. ¿Subsidios para la papa? ¡De a donde sacó! Pero los movimientos que los protagonizan no tienen una idea clara de por qué no hay plata. Mientras tanto, la deuda externa y el gasto militar siguen comiéndose casi la mitad del presupuesto, y los grandes grupos de poder no pagan impuestos. ¿Pescamos los peces y se nos escapan los tiburones?

Un movimiento social sin vínculos con lo político y sin una "ideología" o perspectiva de largo plazo para el país, carece de visión estratégica. No encuentra la relación entre su problema particular y los otros cientos de problemas parecidos. Se agota rápidamente o bien se queda contento con logros muy pequeños. Es tan explosivo que es capaz de luchar hasta las últimas consecuencias por un problema muy local, como los ilaveños que lincharon a su alcalde por no rendir cuentas.

Y un partido que gobierne el país sin conocer cómo funcionan los conflictos populares, terminará por enfrentarse con ellos en lugar de servir a su solución. Así aparecen palabras desagradables como "governabilidad". ¿El Perú es "governable" sin canalizar políticamente los reclamos de la sociedad, y sin poder negociar con ella? Nuestro país es como una sartén llena de aceite, y nuestros partidos como la cáscara del huevo, que no contiene nada y se resquebraja rápidamente. □

El linchamiento de Ilave es un ejemplo operativo de un movimiento social fragmentado. Hace un año, 40 mil ciudadanos aymaras estuvieron movilizados durante un mes, pidiendo que su alcalde rinda cuentas. Luego de ello, no se ha iniciado ninguna corriente de alcance nacional por la transparencia de la función pública. Como no había perspectivas más ambiciosas, el movimiento fue "hasta las últimas consecuencias" sólo por Cirilo Robles, su alcalde. Ya sabemos cuáles fueron esas consecuencias.

La distancia del movimiento social de Ilave con el sistema formal es tan grande que nunca se inició un trámite vía la ONPE para revocar a Robles. No es que los ilaveños estén aislados o sean "ignorantes". No. El Collao es una zona intensamente comercial, y todos los partidos tienen militantes allí. Tanto peor, porque, estando presentes, todo ocurrió como si no lo estuvieran.

¿Y LAS UNIVERSIDADES?

Una lucha constante durante el gobierno de Toledo ha sido la de las universidades. El año pasado estuvieron tomadas por estudiantes, docentes y trabajadores: la del Altiplano, la de Trujillo, la de Tacna, la de Huancayo, la del Callao y, la que más sonó, la UNI. Fueron tomas de semanas enteras, que en su mayoría culminaron con la renuncia de Rectores acusados de corrupción (salvo en la UNI, porque la influencia del Ministro es mucho más fuerte...).

¿Y ahora? Bien, gracias. La nueva ley universitaria duerme en los archivos del Congreso, esperando que algún día la promulguen. La creación de la Universidad de Andahuaylas ha hecho que el presupuesto total se tenga que dividir más aún. Los profesores siguen recibiendo sueldos absurdos, la calidad académica no mejora y, lo que es peor, los mismos funcionarios acusados regresan a otros puestos.

Un movimiento enorme y de mucho potencial transformador. Pero... ¿qué pueden hacer estudiantes desarticulados, sin una visión global de lo que pasa en el país y "representados" por una Federación débil que casi nadie reconoce? Cambiar al Rector, quizás, pero no a la política educativa. □

POR MANUEL BONILLA Y PAUL MAQUET FOTO LUCERO DEL CASTILLO



FOTO CARLA LEVÍ

UN PARTIDO PARA MIS NIETAS

Conversación con Susana Villarán, del PDS

Esa noche, Perú jugaba contra Ecuador en el Estadio Nacional. El parque Castilla, en Lince, más solo que nunca. En la puerta del IDL (Instituto de Defensa Legal) nos espera la sonriente Susana Villarán, líder (no lidereza) del Partido por la Democracia Social. Dice que dispone de poco tiempo, sin perder la sonrisa. Nos arriesgamos y entramos a una pequeña oficina. Susana no quiso ocupar la silla acolchada y con ruedas, la distinta, que le hubiera correspondido. Uno de nosotros se tuvo que sentar allí, como dueño del espacio y del escritorio. Ella, en el medio, respondiendo los dardos. Y sin desdibujar la sonrisa.

¿Movimientos sociales? Sí, por supuesto. El PDS “nació del movimiento social por la democracia”. Claro, ese era uno “clasemediero”, en palabras de Susana, formado por los llamados “cívicos” (con orgullo pese a los titulares de La Razón). Han pasado ya 7 años, y el trabajo continúa. Con eso alivia la pregunta de ser un partido coyuntural, casi electoral, “de amigos y de tecnócratas”. En una segunda etapa, el PDS ha procurado juntarse con personas de movimientos populares y regionales. Es el caso de Ángel López, Pedro Camino y Josefa Adrianzen (en el Frente Único de Defensa en Ucayali, la Federación Campesina en Piura y las rondas campesinas en Huancabamba, respectivamente). Animan a sus partidarios a formar parte de organizaciones sociales, pero algo es claro: conservar la autonomía de éstas.

¿Y las explosiones coyunturales? Las bautiza y les pone nombre: privatización de conflictos a nivel nacional, conflictos fragmentados sin relación entre sí. La semana anterior, el PDS había tenido uno de sus eventos regionales en Puno.

Excusa perfecta para preguntarle por llave. Nos dice que militantes del partido participaron de cerca en el conflicto de El Collao. ¡Esperanzadora respuesta! ¿Cómo así? En la Vicaría de la Solidaridad... Bajamos la cabeza. Su actuación como intermediaria fue muy importante, pero queda el sinsabor: faltan partidos vinculados a los protagonistas del conflicto social.

Éstas explosiones, continúa, se anidan en una enorme desconfianza hacia la política, que hace que la gente no busque en ella respuestas. Esta situación tiene como causas la crisis de los partidos, que no están sirviendo como intermediarios; la ausencia de Estado (aunque sea uno ‘amparador’); y la privatización de la función pública, manceba de intereses personales.

Susana juguetea casi compulsivamente con un pedazo de cinta scotch entre los dedos, y continúa. Toda esta situación, dice, se asienta en una falta de cultura democrática (“después de todo, tenemos sólo 50 años de vida democrática”) inclusive desde la vida privada. Miremos nuestras relaciones interpersonales. Por eso, el PDS quiere trascender en lo cotidiano como un espacio intermediador y representativo duradero. “Quisiera que mi partido lo sea, también, de mis nietas”. Termina la entrevista con la sonrisa intacta, como buena política. □

“LA GENTE DE HOY NO SON LOS CHOLITOS DE AYER”

Palabras de Nancy Obregón, dirigente de la
CONPACCP

Encontrarla fue una tarea de ganada paciencia. En la noche, entre danzas y rostros que chacchan, débilmente iluminados, se llevaba a cabo el III Congreso de la CONPACCP (Confederación Nacional de Productores Agropecuarios de las Cuencas Cocaleras del Perú). El inmenso mercado de productores de Santa Anita nos acogía. Ella, no andaba por ahí. Vueltas y vueltas, consultas por allá, compañeros por acá, que ya viene, que no está, que está comiendo. Al fin la divisamos bajo el foco de una improvisada carpa, apurando una improvisada, también, cena. Esperamos a que acabara. Nos sentamos junto a ella. En la mesa del costado, hombres demorando su bebida y resguardando. Servidas las tazas de humeante mate de coca, empezamos la conversación con la inquebrantable Nancy Obregón.

TAMBIÉN ESTÁN DIVORCIADOS

Preguntada sobre su relación con los partidos, confirmó que ha habido coqueteos, pero sin planes de reconciliación a la vista. “Sólo por solidaridad” se han acercado congresistas del APRA y de otras tiendas. Una solidaridad con poca presencia concreta en las cuencas cocaleras. “Mamacoca” cree que se trata más de tácticas electoreras que de otra cosa.

Ok. Nada serio con los “partidos de antes”. Pero el movimiento cocalero, ¿está formando una corriente para recoger las explosiones coyunturales que se vienen dando? ¿O es sólo una reacción articulada momentáneamente por los atropellos del gobierno? ¿Cuál es la visión de país, de conjunto? Dicen que la suya es una lucha por intereses propios. ¿O existe una ideología cocalera? “Pues claro que sí”.

El líquido verdoso de las tazas se consumía y la mirada de Nancy subió al cielo oscuro de Santa Anita. Responde. “No es sólo pensar en uno mismo, no sólo es la defensa de la coca, es la defensa de la economía, de la vida y de la biodiversidad de los suelos, es defender la soberanía económica y política”. Pretenden articular una plataforma de defensa frontal, cosa que ya se está logrando en Bolivia y Ecuador. La lucha cocalera, dice, no es sólo una reivindicación de la hoja sagrada, sino también de la cultura andina.

No descarta la necesidad de impulsar un espacio político propio, porque siente que los partidos actuales tienen una casi nula capacidad de representación. Están descontentos con el sistema, pero no rechazan la vía legal, la relación con el aparato democrático. Es una apuesta. “Se cree en las leyes a pesar de todo”, contesta, esperanzada, Nancy. Efectivamente, uno de los puntos de agenda de su III Congreso es elaborar un proyecto de ley para la industrialización de la coca.

No descarta, tampoco, la otra vía. Le preguntamos por Antauro, quien estuvo presente en el Congreso del año anterior y que ésta vez se encontraba ausente por motivos obvios. Su acción “fue apresurada”. Nancy lamenta que el mayor en retiro se haya precipitado, pero no lamenta en igual medida la naturaleza de su acción. □

JÓVENES, ¿Política? ... ¡NO GRACIAS!

06
07

Según la Real Academia de la Lengua Española, *política* es el arte, doctrina u opinión referente al gobierno de los Estados. La pregunta salta por sí sola a la vista: ¿La política es una arte? La Real Academia define *arte* como la virtud, disposición y habilidad para hacer algo. Entonces, podemos deducir que los congresistas, los ministros, los alcaldes y hasta el mismo Toledo, tienen la virtud y la habilidad para dirigir al país. Es lógico, los políticos son artistas.

Entonces, ¿por qué la sociedad peruana está cada vez más decepcionada y hastiada de la política?, ¿por qué el grueso de la juventud es indiferente y esquiva a las actividades partidarias?, ¿por qué los jóvenes no nos interesamos en seguir una carrera encaminada al servicio de nuestro país?, en suma, ¿por qué no queremos ser artistas?

Sondeos realizados por el Grupo APOYO demuestran que la confianza en las instituciones políticas sigue una trayectoria que va en descenso. El congreso, el consejo de ministros, los partidos políticos y la presidencia de la república, son algunas de las instituciones que describen un menor índice de confianza en nuestra sociedad. Para dilucidar el *por qué*, solo tenemos que darle una breve mirada a lo que ha sido y representado la política nacional de los últimos años.

Dejado atrás el periodo más violento y corrupto de nuestra historia republicana (décadas del ochenta y noventa, respectivamente), la sociedad peruana vislumbraba una nueva era, un tiempo de cambios y de reivindicación social y política. Sin embargo, más allá de las buenas intenciones y las auspiciosas promesas, lo que obtuvimos fue más de lo mismo: un congreso que en su mayoría está conformado por oportunistas y advenedizos; un Poder Ejecutivo que desde el principio dejó ver que la principal de sus preocupaciones era la continuidad en el poder; grupos políticos en pugna constante, privilegiando sus intereses partidarios antes que la concertación por el desarrollo y el bienestar de nuestro país; y, por supuesto, más corrupción.

Para aquellos que aún no llegamos a los treinta años, desde siempre el panorama político en general ha sido el mismo. Si tuviésemos que definir *política*, basándonos solamente en nuestra experiencia y omitiendo cualquier conocimiento que escape de nuestra realidad nacional, probablemente la definiríamos como una larga seguidilla de errores, corrupción y vicios que atentan directamente contra la sociedad.

Después de todo, quién podría culparnos. Hasta el momento las cosas no parecen mejorar y seguramente los próximos años nos brinden más de lo que ya conocemos. Sin embargo, a pesar de que no podemos redimir los errores del pasado, podemos hacer algo para tener un mejor porvenir. La decepción no es excusa para el desinterés. No tenemos por qué ser artistas para conocer de arte. Al fin de cuentas, todo se reduce a estar preparados y saber elegir. □

POR FERNANDO YEPES OLIVA



La espada del periodista

¿Tiene el periodista realmente poder? Esa fue la pregunta con la que abordamos a dos personajes. En primer lugar, al reconocido periodista Carlos Espá, que se enfrentó, como él mismo dice, al poder. Y en segundo lugar, al doctor Javier Ciurlizza, protagonista de un tema de fondo que debería ser la primera plana, pero que muchas veces son una nota pequeña de diez líneas en la esquina inferior izquierda de la página derecha de un diario local.

Carlos Espá tuvo que renunciar a su programa "Cuarto Poder" luego de un debate público con el presidente Alejandro Toledo. Hoy, mientras se prepara para asumir la dirección del diario *Expreso*, responde a la gran interrogante:

¿Cuánto poder crees que tienen los periodistas?

Creo que el periodismo tiene un gran poder. La sociedad confía a cada profesión determinado bien o valor. Al periodista se le encarga defender la libertad de expresión. Y ese es el valor que distingue a la democracia de cualquier otro sistema político. La responsabilidad del periodista es inmensa. Por eso se llama a la prensa el 'cuarto poder': porque es el contrapeso a los otros tres poderes del Estado.

Pero a los periodistas no los elige la gente, cómo se hace con los políticos

A los periodistas los elige la gente a través del rating. Un programa periodístico que no tiene credibilidad, no tiene rating. Porque la gente sabe que no está viendo un programa cómico. Entonces, si no le creo yo al que aparece en ese programa, simplemente cambio de canal y veo otra cosa.

¿Usted cree que los periodistas, al poner los titulares y los reportajes del domingo, le dicen de alguna manera a la gente sobre qué hablar? Pareciera que dan la temática.

No. Yo respeto la inteligencia de la gente. Si se produce un hecho noticioso y yo lo publico hoy día en mi noticiero y obtengo 20 puntos de rating, quiere decir que al día siguiente lo voy a seguir publicando: sigue porque la gente quiere seguir.

Entonces, usted dice que es al revés, que la gente le dice...

Es un ida y vuelta. Un tira y afloja. Evidentemente que el periodista tiene una función orientadora y de liderazgo en cuanto a la opinión pública, pero no es un dictador de la noticia. El periodista tiene que ir midiendo el ánimo de la opinión pública como un intérprete de la población. Si la ciudadanía está molesta con el gobierno, entonces el periodista no puede poner paños fríos a las noticias.

Pero a veces la ciudadanía se equivoca, ¿no? No siempre tiene la razón.

Yo creo que, en un sistema democrático, cuando hay libertad de expresión, la mayoría sí tiene la razón.

¿Qué le parecen los periodistas líderes de opinión en el Perú?

Yo creo que, en términos generales, el periodista no es la noticia. Porque eso es ya incurrir en un vedettismo, que no es lo más recomendable. Cuando hay instituciones débiles, la gente tiende a fijarse en las personas y no en las instituciones.

Al periodista líder de opinión, la gente lo sigue. Y a veces él comete exabruptos; el periodista deja de informar objetivamente. Hace prevalecer su opinión particular y subjetiva del asunto.

Bueno, y en ese sentido está el tema, nuevamente, de la credibilidad. Porque al final la gente decide. La gente tiene la capacidad de cambiar de canal, de dejar de verme. Lo importante es que haya diferentes alternativas.

Los jóvenes periodistas creen que su poder no es real. Porque cuando lleguen a trabajar tendrán un jefe, un editor, al dueño del canal.

Todo periodista tiene poder. Es como un policía recién salido de la academia: sale a la calle, pero sobre él está el teniente, el capitán, o sea, es la última rueda del coche. ¿No tiene poder? Tiene una pistola y personifica a la autoridad. Ese policía de veintitantos años es un hombre poderoso que puede sacar el arma y dispararte. Lo mismo es el periodista. Un periodista recién salido de la universidad, de veintitrés años, entra a una redacción y lo mandan a la sección policial. Va a la conferencia de prensa donde presentan a una banda de delincuentes. Le dan los nombres, y él decide que, de los cinco delincuentes, solamente va a poner el nombre de cuatro. Eso su jefe no tiene cómo saberlo. Entonces, él tiene el poder ahí de arruinarle el prestigio a una persona o de tratarla suavemente. Este es sólo un ejemplo.

POR FREDY RUIZ FOTOS ALONDRA QUIROZ





La democracia de Ciurlizza

Javier Ciurlizza, director del Instituto de Democracia y Derechos Humanos de la PUCP, ha sido uno de los comisionados de la Comisión de la Verdad y Reconciliación. Desde su punto de vista, el periodista profesional tiene más poder del que admite tener. Responde a las preguntas también con una visión de ciudadano crítico preocupado por una mejor prensa.

¿Cuál es el poder que tiene el periodista?

Yo diría que el periodista tiene el poder de producir noticias y análisis, pero que en el Perú ese poder no ha estado reflejado necesariamente en el resultado final del medio de comunicación, que es el titular, que es la orientación que el medio de comunicación quiere dar a determinadas noticias.

¿Y qué puede lograr con ese poder?

Un periodista debidamente entrenado debería estar en condiciones de usar fórmulas creativas para hacer que temas sin repercusión aparente en la venta del diario o en la cobertura del medio de comunicación, puedan tener un enfoque tal que no solamente provoque la lectura, sino que también ataque temas de fondo.

Lo que me dice con esto es que el periodista tendría una responsabilidad social. ¿Cree usted eso?

Sí, totalmente. En general, todas las profesiones tienen esa responsabilidad social. En el caso del periodista es particular, porque lo que él logre colocar en un medio de comunicación orienta la opinión de muchísimas personas.

¿Cuáles son los temas que deben tratarse todos los días en los periódicos? ¿El rating puede reflejar qué es lo que quiere escuchar la gente?

El periodista no tiene que preocuparse, como cuestión primaria de su labor, acerca de qué tema vende o cuál no. El periodista no es un especialista en marketing. La interpretación de lo que quiere escuchar la gente, no tiene herramientas científicas que permitan demostrar que, efectivamente, el titular responde al interés de la gente. Una pregunta válida es si no estamos en un caso en el cual la oferta crea la demanda. Porque los titulares crean la expectativa en la manera como se cubren ciertas noticias.

Ahora, ¿cómo hacer que estos temas importantes le interesen a la gente en un país con una cultura baja?

Efectivamente, hay un problema cuando tienes un público que lee poco –y lo que lee, lo lee mal– y que se forma opinión en los cinco minutos que tiene disponibles para leer los titulares del quiosco mien-

tras espera una combi. Eso hay que aceptarlo, pero no significa que vayamos a pervertir los titulares. Yo creo que la gente no es tonta. Leerá poco y leerá mal, pero las encuestas con respecto a la credibilidad de los medios de comunicación dicen mucho. Al final el público castiga al medio de comunicación.

¿Qué labor cree que están cumpliendo los periodistas líderes de opinión?

Hay dos grandes riesgos que es necesario evitar o por lo menos administrar. El primero es la confusión de la visión personal con una visión más objetiva. El editorialista de un medio de comunicación debe ser consciente de que sus opiniones, obviamente personales, deben reflejar lo más objetivamente posible la realidad del entorno. Y el segundo riesgo es confundir sus intereses o prioridades personales con la manera como opina.

Esa visión personal suele primar a la hora de dar sus opiniones.

Formadores de opinión habrá y debe haber. Porque, en la estructura de un medio de comunicación, no solamente se requiere la información, sino también el análisis y la opinión. Y ahí la esperanza está en los periodistas jóvenes, que ahora creo se forman de una manera más profesional.

¿Cómo fue la relación del periodismo con la CVR?

Yo creo que la CVR también trató de ser un ejercicio mediático. Obviamente el Informe Final es una herramienta comunicacional, y está en los periodistas ser creativos para traducir ese documento en términos atractivos y al mismo tiempo toquen temas de fondo. Algunos periodistas lo han logrado. Pero todavía tenemos esta famosa frase: la CVR no vende.

Es cierto. Muchos de los periodistas más reconocidos del medio no son periodistas. Es decir, no han estudiado la carrera. Pero, tal como refiere el doctor Ciurlizza, estamos ante una nueva hornada de futuros periodistas de profesión. Están llegando a las redacciones y, conscientes de su poder –porque hasta los más jóvenes lo poseen, como dice Carlos Espá– y de lo aprendido en cursos como Deontología o Ética, se espera que no sean lo que hoy critican. El pueblo los juzga: tenemos varios ejemplos.

Finalmente, todos somos ciudadanos y los periodistas tienen, cuando menos, una función de guía. Cada día le dicen a la gente: esto ha ocurrido, esto parece ser, esto es. Ese es, pues, su poder: pueden elegir qué estrella sale hoy en el cielo y de qué color, y la gente, ¡oh!, a veces la gente les creerá, aunque el cielo de Lima esté, muchas veces, tan gris. □

el otro delfín

Los gestos los controlaba, no exageraba mucho. Su mirada, siempre fija en mí. Su abarrotada sala, llena de libros y compactos musicales de José Luis Rodríguez, era ahora el estrado perfecto para que pudiera desenvolverse, tal y como la naturaleza lo había creado –y como él se lo había permitido. Alan Ramírez es, a sus veintitrés años, ya todo un experto en domar fieras, tirarse al vacío sin paracaídas y caminar sobre carbón ardiente: es todo un dirigente juvenil del partido aprista. Hace ese difícil trabajo de convocar multitudes y dirigir las; hacer que lo escuchen, ¡y que lo sigan!

Sin intención de hacer mofa del tema, ser dirigente juvenil es ya todo un logro. Es todo un estadio que connota predisposición, motivación, dinamismo, pero, sobre todo, entrega. Valiosa semántica a la que muchos parecen haber renunciado en el país, donde el desánimo y la falta de fe son reyes. ¿Dirigente aprista?, cristiano o municipal, ¿realmente importa? En una época donde más se apuesta por la forma que por el contenido, poco interesa lo que se pueda aportar, sino más lo que se aparenta.

Me había preparado para la entrevista, donde el tema sería la decepción juvenil hacia los partidos políticos y su regreso a los mismos. Quería entender esa sinuosa razón que los llevaba a emplear un sinnúmero de días en actividades más propias de adultos que de individuos de su edad. ¿Por qué no dedicar ese valioso tiempo a los amigos, a la vehemencia, a la juventud? Comenzaba a creer que tenía en mí algo de egoísmo. Luego de varios días de buscarlo, había regresado a Lima de un curso técnico en formación política. Sí, soy egoísta: ¿cuántos de nosotros empleamos tiempo en acrecentar nuestras capacidades?

Antes del encuentro me preguntó: “¿Sobre qué tratará la entrevista? Es sólo para estar prevenido”. Mientras mis primeras dudas eran absueltas, a la par que intentaba ganar algo de confianza, noté que algunos de sus gestos encaramaban en mucho el nombre con que algún párroco de Alfonso Ugarte –supongo– lo había bautizado. Ese a veces enérgico ademán. La serena pero muy atenta mirada. El esmero con que me atendía, ¡ese esmero! Era realmente como estar parado frente al altivo y garboso líder al que Ramírez había elegido seguir. Comencé a preguntarme si este buen tipo había sido creado en serie, a imagen o con partes del original. Mas había algo en sí que no encajaba con mi pretenciosa suposición. Algo que es para saborear de a pocos.

El tono de mis preguntas empezó a encrespar el ambiente; sus respuestas lo confirmaron. Presumí que algunas de mis dudas –relacionadas al parecer de los jóvenes apristas frente a actitudes de dirigentes superiores– no fueron bien recibidas por el secretario nacional de movilización. Mis alevosos intentos no causaron mayor sorpresa; diferente en cambio, fue la limpidez con que supo afrontarlas. De arranque estableció desacuerdos entre la malentendida disciplina aprista y el libre albedrío. A mi analogía entre los valores apristas y la actitud del compañero Mantilla, separó pasiones: “Él debe encarar su proceso. Nosotros debemos

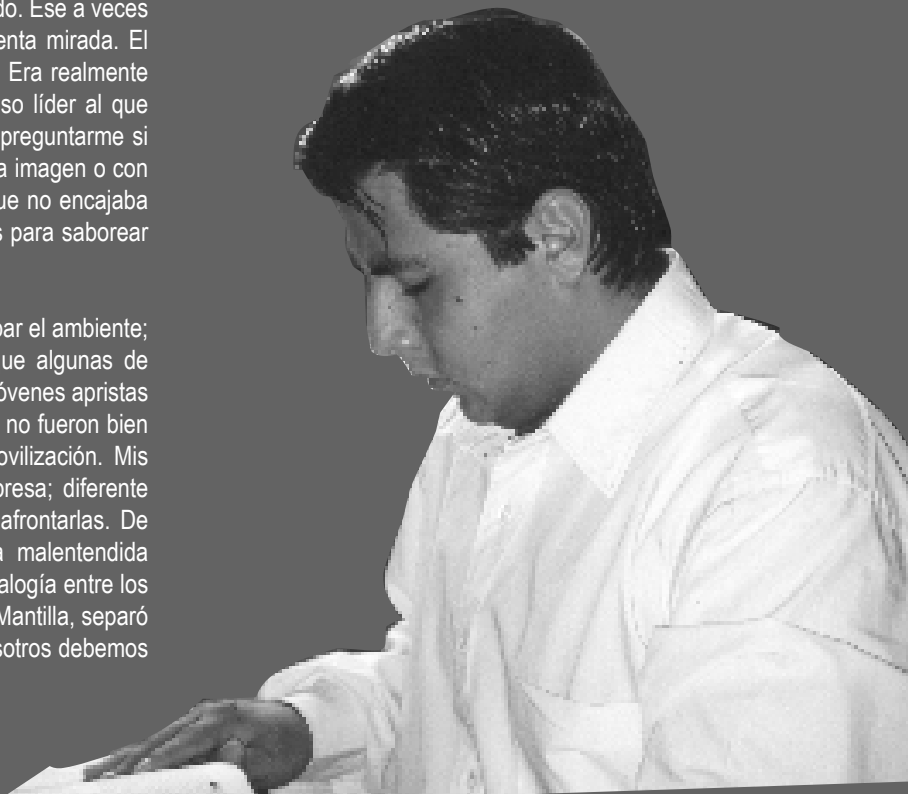
asumir con firmeza y responsabilidad algo que nos afecta como institución. Los jóvenes –habla por sus representantes– no debemos ocultarnos”.

Pero sucedió. En una suerte de receso, y como para acallar algunos humores, variamos la temática de la conversación, manteniéndola siempre mundana: hablamos de nuestras familias. A mi turno, para cuando me tocó contarle sobre mis raíces cajachas, el cielo se despejó. “¿Eres de Cajamarca?... Mira, hermano”, inmediatamente alteró su ánimo, su trato cambió, abrió sus linderos. El trastoque hacia mí fue evidente. Tal vez imaginó que por venir de ese sólido norte, aquel impío paisano podría encaminarse suavemente al redil.

Sin embargo, nuevamente había errado. Lo tipifiqué como un enamorado discursivo, un sugestivo persuasor. Era, en cambio, ese joven que se diferenciaba del resto, con cualidades quizá emuladas, como las de los gestos y esas vainas, pero con algo propio. Es consciente de los retos, pasados y actuales, que el nuevo aprismo debe enfrentar. De esa fe suya en una conciliación partidaria, donde la adaptación es la nueva teoría darwiniana. Él lo sabe. Sabe que sus jóvenes compañeros deben dejar de lado los romanticismos y aportar aquello en lo que creen. Sabe que el cambio empieza por casa. Eso es tal vez un inicio.

Hace tiempo leí sobre las consecuencias que la corrupción y la impunidad habían germinado en la juventud latinoamericana: tirría hacia lo político. En los últimos años, ese efecto parece haber cambiado. Las asociaciones juveniles se han incrementado, no sólo en número, sino en propuestas e iniciativas. Creo, a riesgo de ser romántico, que el principal motivo de esta renovada juventud es la esperanza, la apuesta por generar cambios formando parte de ellos. Y es que no basta con salir a la calle, unirse a unos muchos y gritar. Y gritar. Que sus expectativas tomen cuerpo. ¡Quedan con ustedes: los jóvenes! □

POR JUAN CARLOS SALAS



¡INDIOS CULEADOS!

UNO

La plaza de armas de Santiago de Chile acoge diariamente a un gran movimiento de personas. En el centro, los fines de semana, la banda de Carabineros se dedica a tocar música clásica. Todos los días uno se encuentra con pintores y retratistas que ofrecen sus trabajos. Siempre hay grupos reunidos en torno a una persona que predica el evangelio a toda voz. Pero nada llama más la atención que la calle Catedral, que cruza uno de los lados de la plaza y continúa al costado de el edificio al que hace honor su nombre. Este sitio es identificado y reconocido como un pequeño Perú. Es como una reconstrucción a grandes rasgos y en mínima escala del país. En el muro de la Catedral se apoya la mayoría de peruanos (casi todos son provincianos pobres) para conversar o, simplemente, para estar juntos y disipar un poco su soledad.

A partir de las doce comienza la hora de la merienda. En la vereda del frente hay varias mujeres con cochecitos que lo único que no tienen es un bebé adentro. Combatiendo lo costoso de la vida en Santiago, algunas palian su falta de trabajo vendiendo comida a la mitad del precio del mercado. Como no tienen local ni permiso, forman redes con otras personas que, sigilosamente, calientan la comida en un lugar al otro lado de la esquina. Así es cómo, las casi cincuenta personas apoyadas en el muro de la catedral comen alegremente al aire libre platos de su tierra sin tener la necesidad de gastar tanto.

Esta informalidad no llega a los otros puntos representativos. Tiendas al otro lado de la calle que se preocupan por tener todo en regla. Productos peruanos que se ofrecen casi al triple de lo que se encontraría en una situación normal. Hay, además, centros telefónicos con precios especiales para Perú. Lo particular de estos sitios es que las personas que generalmente acuden son de clase media. Personas que se mantienen al margen de sus otros compatriotas. Llegan y se van con la cabeza alzada, sin contestar a la mujer del coche que les ofrece comida y sin ver a los cincuenta peruanos del frente que siempre se las quedan mirando. Son menores en número y casi nunca se reúnen en grupo. Algunos compran El Comercio en el quiosco de la esquina, otros se conforman con esperar la edición mensual de Sol Noticias. Pero nada quita que todos (o la mayoría) estén acá por la misma razón. Los chilenos lo llaman exilio económico; ellos, necesidad.

DOS

Es una canción popular que todos sabemos, que alguna vez hemos escuchado o sentido. La escuchamos en miles de hogares en nuestro país y otros miles que hay afuera y repiten incansables: No hay trabajo en mi tierra, no hay esperanzas, el gobierno tiene la culpa de que nos vaya tan mal.

TRES

Mujeres. Todas son mujeres. Desde los quince años hasta que la edad las alcance. Ama de llaves, doméstica, nana, cocinera, finalmente todas se ofrecen como multiusos; ganan igual pero consiguen trabajo más rápidamente. No hay distinciones sociales: todas llegan a hacer lo mismo. Es un pequeño patio en una casa que no tendría nada de extraordinario si no fuera porque, hace cincuenta años, unas monjitas italianas decidieron fundar el INCAMI (Instituto Católico Chileno de Migración), abierto para todas las nacionalidades, pero utilizado por peruanas y ocasionalmente por alguien más. Ofrece alojamiento, comedor, jardín infantil, asesorías y, sobre todo, bolsa de trabajo. Todas se inscriben y esperan la suerte en ese patio. Una suerte que les devuelva la ilusión que han ido perdiendo.

Horas, días o meses aguardando la apertura de la puerta de la casa para que la hermana Fresia llegue y las escoja. Generalmente toma diez mujeres diarias para entrevistar. De ellas quedan tres o cuatro. Las ilegales y las nuevas son las que tienen que esperar más tiempo, porque, además de buscar un trabajo, necesitan un contrato que les permita legalizar su situación. En este contexto, muchas acceden con resignación a un sueldo ínfimo, pues saben que es necesario para que no las deporten. Los casos más críticos los corren aquellas que, sin pasaporte, ingresaron al país con salvoconducto por Tacna, prohibidas de salir de Arica y con órdenes de regresar en ocho días. Ahora, en Santiago, se ven amarradas para no llamar la atención por ningún motivo. No pueden usar su nombre, no las quieren para trabajar y lloran ante la hermana para que las ayude. Finalmente, lo único que logran es una carta de protección para que, cuando salgan del país, no las metan presas.

Pero estas mujeres —entre ellas una huanuqueña de diecinueve años— no tienen intenciones de regresar. Tampoco el dinero necesario, porque vendieron todo para poder venir. Entonces recurren a secretos celosamente guardados pero, según lo que les han dicho, son capaces de burlar las guardias chilenas. Como muchos lo hicieron antes en la frontera, los papeles falsos son un riesgo grande, pero muy recurrido.

CUATRO

Desde los provincianos más pobres hasta la clase media. En bus hasta Tacna, luego Arica, quizá antes por Bolivia y después a Santiago; los otros, por avión. Vendieron todo lo que tenían y están endeudados con algún familiar o prestamista; los otros, con las agencias de viajes de las casas comerciales. Para sobrevivir; los otros, para que sus hijos sigan estudiando y terminen pronto la universidad, la técnica o simplemente el colegio privado. Para quedarse, surgir y traer a sus familias; los otros, para esperar que la situación mejore y regresar pronto. Sin esperanzas en un país no consideran capaz de acogerlos, y más aún, los ignora; agobiados, pero con la ilusión de que el declive económico pronto mejore. □

TEXTOS Y FOTOS LIZBETH LUNA VICTORIA VARGAS



MARZO 23: RECORDANDO VIETNAM

Estados Unidos siempre ha sido famoso por ser la potencia más organizada y eficiente del planeta. Su fuerza bélica ha estado acompañada por una moral dudosa, pero siempre invencible desde tiempos de la Primera Guerra Mundial. Desde Hitler hasta Hussein, pasando por Allende y Gorbachov, sus planes de intriga y belicosidad han podido patearle el tablero a más de un político egoísta o muy altruista. No importa el rincón del mundo, no importa el régimen, sino que la inversión no se toque. Eso está claro.

La toma de Bagdad en el 2003 significó otra medalla más en el pecho de Estados Unidos. Sólo un día, a comienzos de la guerra, fue la excepción: marzo 23 del 2003 fue para muchos un retorno a Vietnam. Tres helicópteros fueron derribados y un coche bomba al norte de Irak mató a un periodista australiano; tropas aliadas dispararon a quema ropa contra un canal de televisión británica y un soldado norteamericano asesinó a dos de sus oficiales. En Nasiriyah un grupo de siete soldados fue capturado y otros once asesinados por tropas iraquíes. Fue un día en que el caos desafió la logística más moderna. Aquí dos relatos de aquel día negro.

AL SUR DE NASIRIYAH

Sentía que el mundo que había conocido hasta ese entonces se había limitado a mi hogar y amigos. Les cuento esto como se lo contaba a mis compañeros, ya que nuestras esposas, los fines de semana de parrilladas y cerveza y los duros entrenamientos que recibíamos eran temas cotidianos en nuestra conversación. Todo eso tendría que esperar. Andábamos perdidos entre Kuwait y Bagdad, allá por marzo del 2003.

Ya llevábamos dos días de retraso y estábamos alejados del 3er batallón de soporte y de la mitad de la compañía 507. Perdimos rastro de ellos desde el punto de encuentro en la autopista 8, luego del plan de ataque denominado "Toro", al sureste de Nasiriyah. Nos dirigíamos hacia un punto de encuentro de nombre "RAMS", donde planeaban nuestros superiores cómo invadir Nasiriyah por el suroeste. La angustia que generaba el hecho de ser sólo 33 de nosotros perdidos y repartidos en dieciocho vehículos en territorio enemigo era más que un motivo para no dormir.

Diario de Irak

Las demás tropas siguieron con el tiempo de partida establecido: dos de la tarde. Nosotros llegamos a eso de las cuatro de la tarde al campamento. El sargento Dowdy nos dirigió hasta el capitán King, director de toda la caravana militar que nos dirigiría hacia "RAMS". Recuerdo que recogimos a Buggs y Anguiano por el camino hacia el campamento, luego de que su vehículo quedara atollado en pleno desierto. Para las 7:30 p.m. (22 de marzo) King había armado una nueva caravana.

Recuerdo haber pasado por el punto de control de tráfico entre la autopista 8 y la ruta "Jackson". Debíamos seguir por la segunda, pero el capitán King nos llevó por la 8, directamente al infierno. La amenaza que proyectaban las luces de la ciudad no surtió efecto en nuestros superiores. Las casas de cuatro pisos y los pantanosos cultivos alrededor del río Éufrates nos daban la bienvenida con un silencio hostil.

Después de avanzar varios kilómetros por la autopista 7/8, al sureste de Nasiriyah, vimos soldados iraquíes que nos saludaban calurosamente al lado del camino: movían sus brazos en señal de paz y gratitud. Eso me pareció inquietante y se lo comenté a Miller. Según las reglas de guerra no debemos atacar a ningún ser humano, a menos que él ataque primero o que represente un real peligro para nosotros. Miller se quedó en silencio y me dijo literalmente: "Riley, no estamos donde deberíamos estar". Su mirada estaba clavada en el camino y su rostro parecía haber visto a la muerte en el espejo retrovisor. Cargué el mortero M249 automático y me quedé pegado al arma como si fuera mi madre.

Al capitán le tomó varios minutos deducir que estábamos en el camino equivocado. Nos había llevado directo a la garganta de las fuerzas Ba'ath¹. Nos preparamos para un ataque sorpresivo, cargamos así todas las armas y recargamos los vehículos con gasolina. Dimos vuelta en "U" para regresar y aceleramos el paso, con lo que la peor parte la teníamos quienes viajábamos en los vehículos más pesados. Cinco toneladas de fierro con víveres y armamento no se manejan tan fácilmente. Me situé al final de la caravana de escape cuando el ataque comenzó: las balas atravesaban las placas de metal y el caucho de las llantas.



Dowdy se había estrellado contra el vehículo de Hernández y Johnson delante de mí, luego de que este último tratara de maniobrar inútilmente entre obstáculos colocados por las tropas iraquíes. El ataque continuó contra Hernández y Johnson; habían quedado a un lado de la autopista sin ningún otro recurso que el lamento. Recuerdo haber estado a unos cuatrocientos metros del lugar del choque cuando nos quedamos sin gasolina. Miller y yo corrimos para ayudar a nuestros compañeros... Casi todos habían muerto.

Recargué el M249 automático, pero la arena lo había estropeado. Sin municiones y con tres compañeros desangrándose entre fierros retorcidos, decidí, luego de haber ametrallado a nueve iraquíes en conjunto con Miller, entregar nuestras armas. Habíamos sido rodeados y capturados. Nos llevaron para torturarnos y jugar con nosotros. Ese había sido sólo el comienzo de una semana que no olvidaré por el resto de mi vida².

BOWLING FOR ALÁ

El sargento Hassan Akbar ya había planeado lo que iba a hacer. Faltaba un cuarto de hora para que diera la una de la madrugada en el campamento Pennsylvania. El soldado de infantería norteamericana, de treinta años, había preparado un plan para el que no tenía un escape claro y definido, pero eso no importaba. ¿Tendría que inmolarsse por lo que decía el Corán? ¿Sería cierto que el creyente que mata a otros creyentes irá al infierno³? Él había estado meditando acerca de la contradicción que lo acosaba desde meses antes de llegar a Kuwait: "Supongo que quieren humillarme, quizá sienten que no voy a hacer nada al respecto. Tienen razón acerca de eso, no voy a hacer nada mientras esté aquí, pero apenas llegué a Irak voy a tratar de matar a todos los que pueda"⁴.

Había visto que a tan sólo unos metros de donde pensaba llevar a cabo su plan había un buen escondite. Era un almacén de armamento y de víveres que habían sido traídos para la próxima invasión a Bagdad. A la una en punto decidió salir fuera de su carpa y comenzar paso a paso la venganza deparada a todos aquellos infelices. Aquellos que sólo venían a Irak a matar como jugando y a violar mujeres⁵ a su antojo.

El campamento era un manto tendido sobre la arena que no temía al enemigo, que todavía se encontraba a miles de

kilómetros de ahí. Kuwait era el foco de preparación para los soldados de infantería y para los pilotos de la Fuerza Aérea 101. Hacía ya más de una década atrás, esta última había aniquilado la invasión iraquí en el Golfo Pérsico y había cazado terroristas escondidos en las ariscas montañas afganas. Se caracterizaba por la logística y la precisión que poseía. Nunca pensaron que el enemigo estuviera ya dentro de la alambrada.

De repente la energía eléctrica se cortó. Sólo quedó una llanura plana y descampada, como si un mar negro hubiera inundado toda señal de vida. Se escucharon pasos apresurados y se pensó que tan sólo sería un desperfecto eléctrico. Incluso dentro de la fuerza más coherente y preparada del mundo pueden suceder estos imperfectos. Fue entonces cuando se escuchó la primera explosión.

"Escuché un par de explosiones y después un disparo de rifle. Parece ser que un infiltrado arrojó granadas en cada una de las tres carpas", dijo el sargento Hodges para la cadena televisiva Britain Sky News. Hassan Akbar corrió, mientras disparaba el rifle contra cualquiera que tratara de detenerlo. La falta de luz salvó la vida de muchos de los que estuvieron cerca de la explosión, aunque fue la tinta indeleble que marcó para siempre la vida de dos altos jefes militares. El capitán de infantería Christopher Seifert, de veintisiete años, y el mayor de la Fuerza Aérea Gregory Stone, de cuarenta años, dejaron de existir esa noche del 23 de marzo. Los diarios reportaron que hubo catorce heridos que fueron transportados directamente a hospitales militares cercanos al campamento.

Akbar se cobijó nerviosamente entre los baúles del almacén. Durante horas estuvo sumergido entre imágenes que se contraponían una con otra: su pobre madre que lo cuidaba de niño, sus compañeros riéndose de él, del color de su piel, de sus hábitos, la explosión, muerte, entrenamientos duros por amor a la patria, nudos y más nudos que trataban de justificar lo que acababa de hacer. Tal vez el sudor y el miedo emanaron un olor a arrepentimiento, o quizá simplemente los de afuera sabían quién era el encargado de ese cargamento de granadas robadas. Hasan fue arrestado de improviso. Su cara lo delataba, pero en ese momento sintió que había hecho lo correcto. Después de todo, había ido a asesinar al enemigo⁶. □

(Footnotes)

¹ Partido de Saddam Hussein. Este partido era militarizado y muchas veces atacaba bajo la forma de "fedayeens" o militares encubiertos de civiles. Esta modalidad también fue usada por grupos terroristas provenientes de todo Medio Oriente, entre ellos, Al Qaeda.

² Este texto basa los hechos en el reporte oficial dado por las Fuerzas Armadas Norteamericanas después de arduas investigaciones. Utilizaron varias entrevistas (sobrevivientes e involucrados) y hojas de ruta de distinto tipo para establecer qué sucedió desde marzo 21 hasta marzo 23, día del ataque y captura de los soldados de la compañía de infantería 507.

³ Corán, 4:92.

⁴ Nota encontrada en una computadora en Fort Campbell, Kentucky. Fechada en febrero 4 del 2003.

⁵ Confesión hecha a uno de sus abogados: el capitán David Coombs.

⁶ Hasta el día de hoy es juzgado por el asesinato en primer grado de dos oficiales y en segundo grado de otros tres. Desde Vietnam no se veía un caso de homicidio premeditado dentro de la Fuerza Armada Norteamericana.

El tran

Un baño de combi ininterrumpido

“El mundo del transporte es un mundo desconocido para muchos”. Eso nos dice la voz aguardientosa y norteña de Rolo Checca, desde el sitio que maneja. Fercho o técnico/conductor, como prefiere que lo califiquen. Una cara arrugada erosionada por el tiempo; cuarenta y tres años con una mano al volante, la otra empuñando la palanca de cambios y con las nalgas en un larguísimo beso con el asiento y esas fundas de plástico ‘para que no te duela’ no pasan en vano. El dúo dinámico y combesco se completa con Willingson (“pero me dicen Willy”) colgado de la puerta y escupiendo arengas con la ruta. La ‘ese’ (de curvas prolongadas y recorrido laberíntico) fue nuestra casa peregrina con nueva dirección; mejor dicho, nueva placa. Sólo por nueve horas continuadas, como en los cines porno (¿se puede más?), hasta bajar en el paradero del hastío con la esquina del adormecimiento de traste y tobillos. En un mapa, esta ruta (la OM-18) cerca Lima, por extramuros y malecones, por autopistas e incabables avenidas. Pero no es una góndola, no un trolebus, no un tranvía, menos una ‘custer’, ni siquiera un bus. Una silvestre y urbana combi. Y nosotros, como sardinas en lata de conservas.

Sardina, ella. Él: ‘yo soy el rey’, sentado al filo, como en un trono. Sardina o no, se siente y sienta ‘placenteramente’ al lado del marco. Pasan hombres cargando rosas rojas en Santa Patricia, niños descalzos frente al KFC lanzando bolas de colores al aire, un edificio de diez pisos en la U. de Lima, el único del óvalo. ¡Polo, Polo, Encalá!, escarabajos Beatle, maniqués fashion, vitrinas enchapadas en plata (antesala al búnker gringo).

Acá no valen pasajes. Las tarifas pegadas en la luna son mero adorno. No figura la popular ‘china, hasta acá no má’. Diez lucas por nuca, quedamos. Todo pactado, cinco minutos para la una. Chévere, sobrino. Ya, tío, te pago al final. Nunca tantas maletas como el Niño Goyito, nunca tantas despedidas, ni llantos al zarpar. Frugales loncheras, escaso líquido y el relojero atado a la muñeca. El tiempo pasa, infrenable, chillando llantas como segunderos, parando en esquinas. Las horas agotan, pero no asesinan la disposición. Ella desenfunda su Nikon D70, y él, lapicero en mano. Ya las cuadras pasan, como escenas de película, por las ventanillas.

AL FONDO HAY SITIO

En el ajedrez, como en la vida, hay que saber sacrificar a la dama. En la combi, hay que saber sacrificar la nalga y, junto a boletos mugrientos, es un oasis sobre llantas y asientos desvencijados. ¿Recuerdas esa película de la que te hablé? Claro, la de Buñuel: “El ángel exterminador”. ¿Crees que suceda algo similar? Así de repente... no podemos bajar. Por razones que no alcanzamos a comprender, que atravesar ese umbral y aterrizar en el piso fuese la mayor de las tragedias. ¿Te imaginas?

Me acuerdo de las carcajadas de una amiga argentina cuando le contaba sobre las combis de Lima: sin horarios, ni paraderos fijos, dieciséis sentados y cinco parados en un espacio mínimo, apretados, compartiendo sudores, y canciones. Dentro, aún no siento asfixia. Como en la casa de Buñuel, el primer día se comparte, se mira, se huele, se toca, se habla, se roza, se canta, se bosteza, se sienta se agacha y se sienta

DIOS ES MI COPILOTO

Habla, ¿vas? Amiga, ¿vas? La boca en una mueca, las pulseras de plata tintinean sobre la muñeca y Willy cierra la puerta, guarda el cuerpo. Las ruedas empiezan a chirriar, la combi avanza rumbo a Pacasmayo, casi en las antípodas. Con un ralo bigotillo, como para subrayar su nariz, Willy se acomoda la camisa azul africano, tantea el ancho jean y calza las zapatillas sin anudar. “Ta sopa aún. Checa lleva”, la voz timorata, distinta de la de la combi parada. Ahí, la mirada en latentes pasajeras, y sobre todo bien despachadas. Guiño al retrovisor, debajo una cereza desprende aromas gastados, donde la imagen de Rolo, con lentes a lo Lavoe, aprueba. Ahora, saca el torso por la ventanilla; ‘todobenvideslarcopardoejército’.

Doblando por La Marina, tугurizada de propaganda, se perfila la zanja que es la avenida Faucett. La gran transversal que recibe la triada de avenidas industriales: Argentina, Colonial y Venezuela. Incluso el oxidado riel del tren.

De la germana Munich (envidia ferroviaria europea), de donde recuerdo haber llegado y no haber visto la Faucett, ni mucho menos la Colonial, Venezuela, ni Argentina. Las vi dormidas. Sin cantinas, carretillas de fruterías, fábricas, ni mecánicas. En Santa Rosa (parada final oficial), combo para dos y no para cuatro. La hora de la ‘jamancia’ llega. Quiero algo saladito. Me quedan mandarinas, huelo a cítrico y a ‘pay’ del ‘Llauca’. Mi lente cambia y tu asiento también, detrás de la luna pasan chicas en mini y un grupo de cobradores, bebedores, dateros, llenadores o qué

Surbano

El mismo en viaje Rolo (sin pisar suelo).

TEXTOS POR MANUEL BONILLA Y LUCERO DEL CASTILLO
FOTOS: LUCERO DEL CASTILLO

se yo (anhelantes), que paran silbando y piropeando. Seguimos esperando, como cuyes dentro de un cajón, el fin del banquete de Rolo y Willy. A la izquierda, la cruz roja de un botiquín. Abrirlo sólo para comprobar que el algodón y el OH siguen exiliados de esa iglesia.

En la esquina, se levanta a trompicones "El rincón ancashino". En medio de la polvareda del paradero final, El Álamo, en el colón ¿COLOFÓN? de la avenida Pacasmayo. Ambulantes con su quiosco móvil, reambulantes, con mirada peregrina en el polvo de la calle sin pavimento, la collera en la esquina en amena sobremesa. Aquellos de jerga y jeringa a flor de labio, de carcajadas estruendosas, de bividis desvincijados por el uso, de camisas abiertas, de tajos en gresca y de sobeteos en la huasamandrapa, cuando no acomodados de paquete. ¡Apura, pe, causa! ¡Tá que bien atorrante! Maletando al otro, al que llega con sus muletas levantando polvo, burlas, arena y risas. Casas de ladrillo, el color de la urbe deschavetada, aputamadrada, pintado en las paredes y en los rostros. El rancho acabó, las cabezas se levantan del plato hondo y Willy, no te olvides de comprarme las papitas. Y no me mires mal que no puedo bajar.

Y no podíamos bajar. No debíamos. ¿Para qué? Mimetizados con el vehículo, con el insecto motorizado, con la larva con llantas. Y nosotros, meros engranajes. Dale otra vuelta, que ya llegamos. Expectorados por la recta (no el recto) de Tomás Valle, dejamos atrás el conjunto habitacional y funcional de Santa Rosa, de olor a pescado y a tramboyo.

Amén de dateros, los neopregoneros. Fin de semana, sólo nueve. Y son nueve las horas, sazonados por los parlantes salseros de radio Panamericana (¡con todo!). Competencia en la pista y pisa que viene la Acuario; o la Salamanca; a veces la Star; pocas la Orión 03; otras, la Pamela. Y Willy, a la volada (¿podía ser de otra manera?), me repite, entrecortado, que son dos años colgado de las barandas y entregando boletos, lidiando con aquellos palomillas que osan bajarse sin pagar. "Ni cagando, pes".

Todo 'Foce Foce'. Pasamos Carmen de la Legua con la lengua y verbo de Blades por los parlantes. Willy, lejos de su barrunto en Comas, estaba cansado. Hoy es sábado, pe, Checca. "Este se pierde todos los días". Las risotadas de Willy cesan. Grita, como bajando el volumen, toda la marina, ejército, ejército, larco, pardo. La puerta permanece cerrada si no es paradero, porque hay tombos y, sobre todo, tombas. "A esas se las respeta (cuando no se las enamora), porque son mujeres". En esta combi, las mujeres tenemos sitio preferente y no recibimos coimas.

LA DISTANCIA ME SEDUCE (Y TÚ, TAMBIÉN)

Y el preocupado, con su calato en canasta, nos quitó el sitio. Mudamos. Sólo de asiento. Las vejigas llaman,

chillan y apuran. "Al fondo hay sitio, favoravanzando". Arrímate, no más, y aguanta estoicamente. Otra coqueta mirada en el espejito, y mano en las sombras y en el rubor. Emperejillada, baja en el Pizza Hut y ¿cuál es su pedido, señor? Otros, con audifonos, cara al vidrio, y "... rápidamente... mesá, mesa". Estribillo estupidizante y tatuado en la vértebra del son popular. Cada vez, al voltear y atravesar el parabrisas posterior, la mirada se pierde en esa senda, esa huella de pavimento, y las casas, paraderos y peatones se vuelven chiquitos hasta que la vuelta por la esquina los desaparece.

Por el Callao, subió 'callao'. Lo vimos llegar, doblarse, incómodo. Le damos sitio. Leonidas, un viejo de ternero gris y corvina blanca como el bigote; es testigo de Jehová, nos agradece, "Dios se los pague"; "No, señor, son dos soles", entre sonrisas y balbuceos, recibimos elogios por ser jóvenes que respetamos a los de la tercera edad. El paradero de Leonidas quedo atrás, y tarde, también, para su reunión en Quilca. Ni modo, a caminar, a seguir. Se fue y nos dejó Atalayas como calendarios. Montones.

No sé si sirva para la guerra, pero esa vez me rendí y salí del campo de batalla. Mis contusiones no podían ser desatendidas. Mi refugio, la panadería, las municiones eran sabrosas, aroma a pastel y croissant. Decisiones cada día, primero el baño después el combo. En paz, salvada, cojo unas para mi compañero, y partimos de nuevo. Te cuento y me cuentas. El espacio es vasto, opina nomás. Sube una de esas viejas 'chetas' (léase 'pitucas') que andan paseando, ¿qué hay de nuevo en las calles de Lima? Se queja de las pistas con hueco y baches. Los discursos se triplican; ya estamos otra vez en La Marina, con el sunset a la derecha, que de lleno penetra la ventana. Nosotros vemos el encuentro.

Planchado y sopita, así avanzamos hasta Mayorazgo. Sed. Sed. La frutera ya no está, pero el tío de los emolientes es catedrático de esquina. Cuatro tibios nomás, y con limón. Para toda la tripulación. ¡Vao!

EFFECTO S

Cualquier ruta recorrida más de dos veces, vuelta rutina, te robotiza. Nosotros contábamos tres de dos horas cada una, la quinta parte de un día normal de Rolo. "Nadie entiende esta chamba, la gente se queja y recibe mas de veinticinco soles al día. Ingenieros de transporte ¿dónde están?" La noche es de Lima, La Marina, es la hora de anunciar. Hostales (escenarios de ardientes batallas) azul neón y verde jardín, sanguchitos de pollo, chicharrón y jamón. Para el frío, calderón de gallardo y tejido inca. El Ejército se esfumó a paso marcial, desapareció en la alameda Pardo. La pileta del Kennedy rodeada de luces amarillas, haciendo monumento a la explosión de gente en cafés, bares, tiendas y calles. Sigue NO más que ruta hay de sobra, todo Larco (fo) y la larga, esbelta y gringa Benavides, con sus pretendientes: Kentucky, Pizza Hut, Burger, Macdonalds, Dunkin. Llevamos ocho horas y el hambre me mata.

Las sombras de la noche ya caían sobre el parabrisas, las luces de la ciudad (ya encendidas) como las velas de una torta, en un cumpleaños al que no estamos invitados. Sólo cantamos japiverdei, inacabables salsas y sufrientes boleros. No habrá porción para llevar, sólo dos boletos. Chau Rolo, chévere Willy. Sexta vez por el mismo sitio, una añeja Primavera. Habrá que salir. Bajabajapiederecho. □



“Al pan, bollo de harina y a la bebida embriagante producida del fruto de la vid, vino”.

CUANDO EL EUFEMISMO ES *POLÍTICAMENTE INCORRECTO*

¿El lenguaje configura la realidad o la realidad configura el lenguaje? ¿Quién discrimina: el que usa la palabra “cholo” o el que cuida que de su boca no salga esa palabra porque la considera peyorativa? ¿Cuántos kilos de diferencia hay entre una gorda y una rellenita?

“Por hipocresía llaman al negro, moreno; trato, a la usura; a la putería, casa; al barbero, sastre de barbas y al mozo de mulas, gentilhombre del camino” (Quevedo).

El cuidado extremo por ser “políticamente correctos” ha degenerado en un notorio uso y abuso de los eufemismos y los diminutivos. Como nadie quiere ser ofendido ni discriminado, se ha optado sencillamente por llamar a las cosas de cualquier manera posible y usando todas las palabras posibles. Lo único que parece estar prohibido es llamar a las cosas por su nombre.

Es el caso de los rellenitos, los piel canelita, oscuritos, señores de la tercera edad, trabajadoras del sexo, establecimientos penitenciarios, daños colaterales y conflictos bélicos. O en buen cristiano, los gordos, cholos, viejos, prostitutas, muerte de civiles y cárceles.

El lenguaje es una expresión humana que depende de la realidad (y, por supuesto, viceversa). Se alimentan mutuamente, son co-dependientes, simbióticos. Por eso creo que cabe la pregunta de si, al eliminar vocablos de nuestro lenguaje, estamos en verdad, tratando de desaparecerlos del mundo. Y si, cuando adornamos o “suavizamos” las palabras, lo que queremos es suavizar la realidad.

Si algo existe, ese algo puede ser nombrado. ¿Cambiamos el lenguaje para cambiar la realidad o *para evitar cambiar la realidad*? Por ejemplo, evitamos a toda costa hablar de los cholos y del cono norte (ahora “Lima norte”), porque no queremos sonar discriminadores. Al mismo tiempo, si un cholo del cono norte quiere entrar en mi espacio (mi discoteca de Miraflores, mi playa privada del sur, mi parque, etcétera) no lo voy a dejar. Contrataré a un guachimán para que le impida la entrada.

La tranquera de mi playa privada es a mi realidad lo que el eufemismo es a mi lenguaje. Y ahora que en mi realidad he desaparecido a los cholos, no tengo por qué lidiar con ellos, ni en las discotecas, ni en mi lenguaje. Pero eso no es cambiar la realidad, eso no es no discriminar, no es ser tolerante con la diversidad. Eso es apartheid.

Pero volvamos al lenguaje. Uno de los valores lingüísticos más importantes es la economía. Por ella (y por mero sentido común) sabemos que es correcto decirle prestamista al prestamista y que es absurdo llamarlo ‘persona que ayuda a otras a superar sus problemas de liquidez a través de un préstamo con intereses’. Todo aquello que puede decirse, puede decirse claramente. Y sobre lo que no es posible hablar, es mejor callarse.

Y me proclamo en contra de las medias tintas. Al flan, flan. No porque prefiera ser políticamente incorrecta (que sí, pero no es el tema), sino porque la connotación no viene pegada al signo.

Me explico. En Estados Unidos, por ejemplo, es políticamente incorrecto (incluso podrías ir preso) decir algo como “Ese negro es un ratero”, y sin embargo nadie podrá decirte nada si te mandas con un “No vayas por ese barrio, hijita, que está lleno de afroamericanos”.

Así, el eufemismo no vale de nada si viene antecedido por una actitud prejuiciosa o discriminatoria. Incluso diría que es más discriminatorio en casos como el de la rellenita (antes gorda). Porque si no le puedo decir gorda a fulanita de tal, es porque yo considero que es malo ser gordo, o que es una ofensa. Decirle rellenita es asumir de plano que la gordura es un valor negativo, y la estoy insultando con una palabra que no suena feo.

Resulta sintomático que en la Alemania nazi durante el holocausto, no se usaran las palabras terrenas de la muerte, o centros de esclavos, y sí “campos de concentración”. Que nadie haya dicho “genocidio” ni “asesinato sistemático”, sino Sonderbehandlung, que en alemán significa, literalmente, trata-

miento especial. Y con ese tratamiento especial que damos a todo aquello que nos resulte feo por lo diferente, o por lo desconocido, o por lo feo a secas, ya vimos dónde acabaron los europeos.

Las actitudes antidiscriminatorias no pueden quedar confinadas al ámbito del lenguaje. El respeto va mucho más allá del lenguaje, y ser políticamente correcto, algunas veces, es lo más incorrecto que se puede ser. □

Saliendo del teatro, dos viejos amigos se encuentran y deciden celebrar la casualidad tomando un café. La obra ha sido buenísima, y como no puede ser de otra manera, la comentan de cabo a rabo.

– Lo que me ha sorprendido es lo bien que están estos actores nuevos.

– Sí, especialmente el chico alto.

– ¿Cuál chico alto?

– El más alto, pues, el de pelo encrespado.

– Me agarraste, no recuerdo. ¿Qué personaje hacía?

– El de hermano de la esposa del primo del amigo de la protagonista.

– Cuál será... ¿Cómo era?

– El más alto de todos, de pelo encrespado, que llevaba puesta una túnica verde.

– ¿Quién?

– ¿No te acuerdas? Si actuó excelente. Tenía ojos grandes, y zapatillas blancas.

– Uhhmmm ni idea.

– ¡Claro que sí!

¡El morenito!

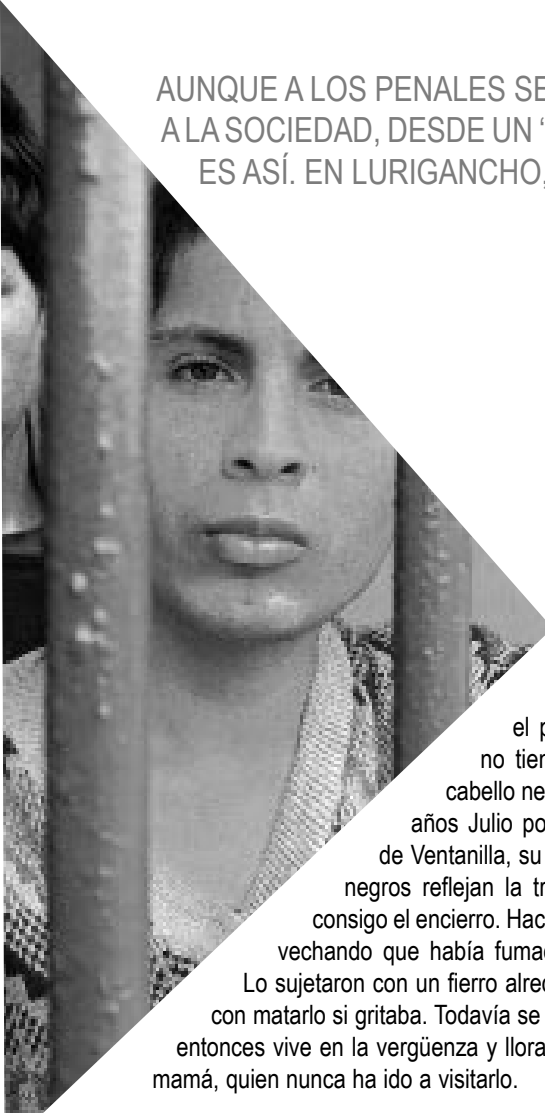
– ¡Ahhhhhhh!

¡El negro!

AUNQUE A LOS PENALES SE LES CONOCE COMO REFORMATARIOS O CENTRO DE REINTEGRACIÓN A LA SOCIEDAD, DESDE UN 'GALLINAZO' HASTA WILFREDO PEDRAZA, JEFE DEL INPE, SABEN QUE NO ES ASÍ. EN LURIGANCHO, A LOS RECLUSOS SÓLO LES QUEDA SOBREVIVIR.

El hábitat de Lurigancho

POR ANA CECILIA DEUSTUA FOTOS ARCHIVO DE CARETAS



"Me quiero ir a mi casa. Acá te maltratan mucho", suplica Julio mientras se refugia en su celda del pabellón 1. Desde hace un año vive en el penal de Lurigancho y todavía no tiene sentencia. De piel morena, cabello negro y 1,65 de estatura; a los 21 años Julio podría ser como cualquier joven de Ventanilla, su distrito. Pero sus grandes ojos negros reflejan la tristeza y el tormento que trae consigo el encierro. Hace ocho meses lo violaron, aprovechando que había fumado un 'paco' de pasta básica. Lo sujetaron con un fierro alrededor del cuello y amenazaron con matarlo si gritaba. Todavía se pregunta si debió gritar. Desde entonces vive en la vergüenza y llora por las noches llamando a su mamá, quien nunca ha ido a visitarlo.

Miércoles y sábado son los días de visita femenina en Lurigancho. Las puertas de entrada se abren a las 6:30 de la mañana y los presos se ponen sus mejores ropas para recibir a sus madres, esposas, hermanas, hijas, novias, amigas. Ellas les llevan frutas, gaseosa y papel higiénico; lo necesario para hacerlos sentir más humanos. Otras se prostituyen en el segundo piso del pabellón 3, el de los violadores, con tarifas de cinco, tres o un sol. Saben que el dinero es vital para que sus familiares puedan sobrevivir en 'Luri'.

En el pabellón 1 viven aquellos jóvenes que ingresan por primera vez a Lurigancho. Ellos deben aprender rápido el código de la cárcel si quieren sobrevivir. Todo se maneja con dinero. Si quieres meter droga o armas al penal, tienes que pagarles a los policías, llamados por los presos 'tragamonedas'. Si quieres una celda privada, tienes que comprarla por 50 soles. Cuando un cabecilla del narcotráfico cae, sus cómplices en 'Luri' se mueven rápido para conseguirle la mejor celda del pabellón 7: el de los narcos. Ya cuando llegue, él se encargará de decorarla a su gusto. Pueden llegar a tener un microondas, un televisor y hasta un DVD. En el pabellón 7 se vive entre lujos; ahí viven los que tienen más dinero.

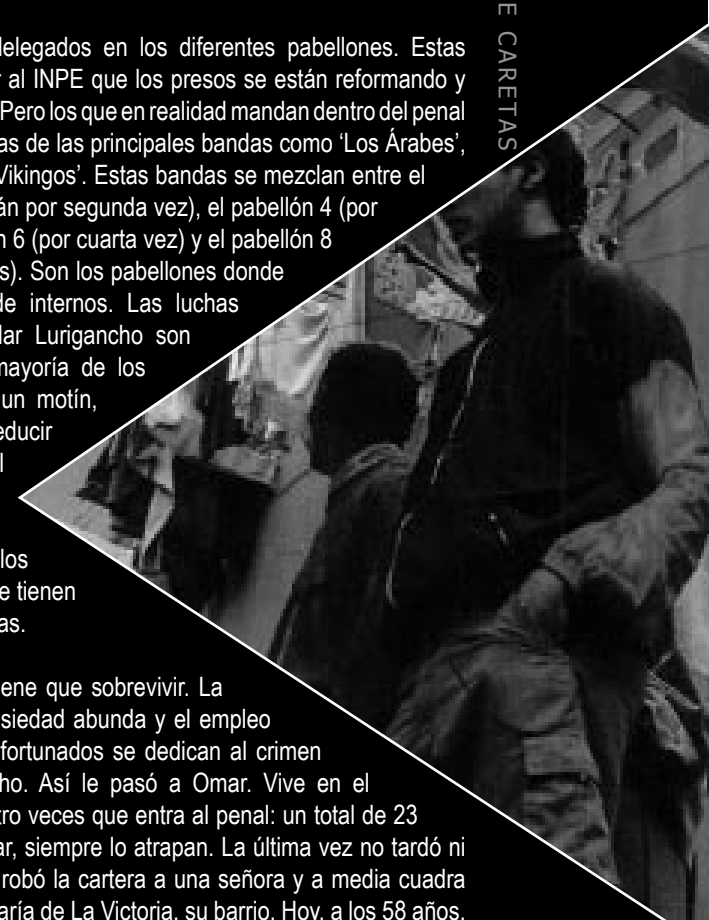
Los más pobres, como Carlos, no tienen una celda donde dormir. Conocidos como los 'gallinazos' habitan en el 'Jirón de la Unión', un

pasadizo entre los pabellones pares (a la derecha) y los impares (a la izquierda). Carlos entró al penal hace siete años por matar a un empresario. Le quedan trece años más. Es trigueño, tiene el cabello negro y la piel oscura. También tenía una celda en el pabellón 10, pero la perdió por falta de dinero. También perdió el orgullo. Duerme al aire libre, cubriéndose con cartones, en el 'Jirón de la Unión' y come las sobras que le da su amo, un secuestrador. Carlos se convirtió en su mujer hace cinco años, le lava la ropa, le limpia la celda y se acuesta con él. El secuestrador a veces le paga con algunas monedas. Esos son los días en que Carlos está más feliz. Puede comprar marihuana, que le cuesta un sol, y volar por algunas horas lejos de Lurigancho.

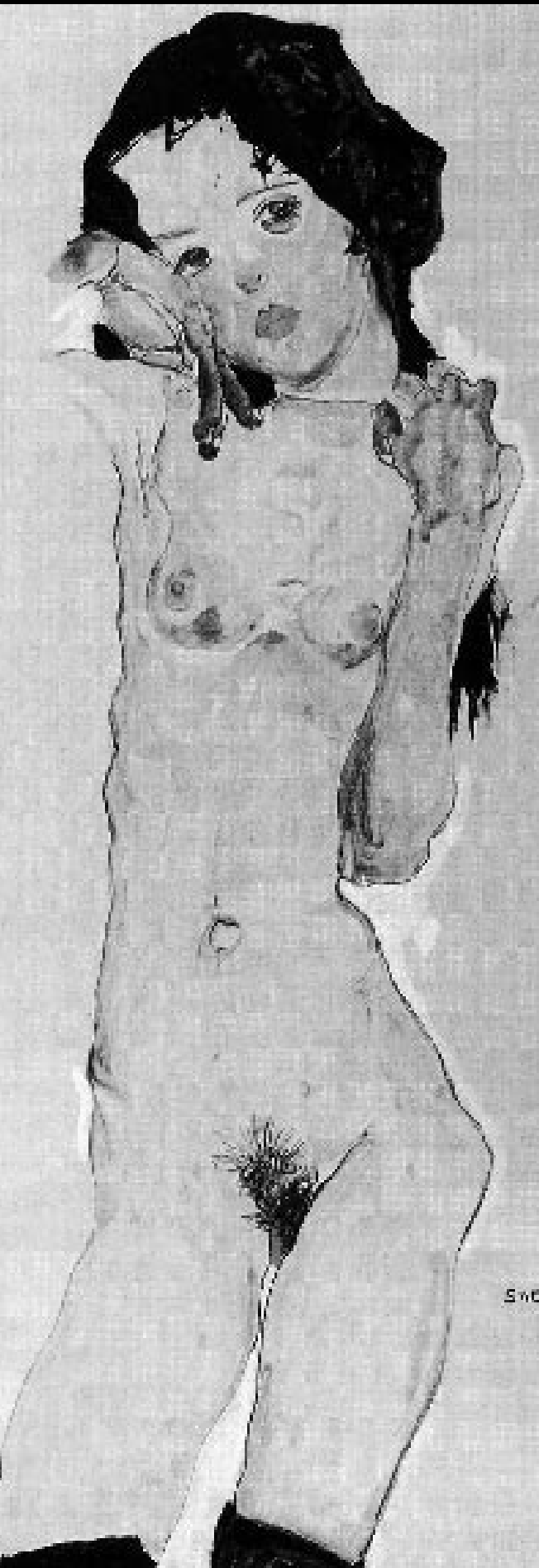
En este penal conviven 8 293 presos en veinte pabellones; aunque sólo tiene capacidad para 1 200. Por ello se crearon las celdas mixtas y el 'Jirón de la Unión'. Entre delincuentes comunes, homicidas y narcotraficantes se puede encontrar a Aldo Valle, Clímaco Basombrió y Arnie Hussid. Sólo 1 003 internos han recibido condena; el resto espera la fecha de su juicio. Es posible que ya hayan estado más tiempo en prisión que el que les corresponderá por su sentencia.

Cada año se eligen delegados en los diferentes pabellones. Estas elecciones hacen creer al INPE que los presos se están reformando y organizando bajo la ley. Pero los que en realidad mandan dentro del penal son los 'taitas', cabecillas de las principales bandas como 'Los Árabes', 'Los Chunchos' y 'Los Vikingos'. Estas bandas se mezclan entre el pabellón 2 (los que están por segunda vez), el pabellón 4 (por tercera vez), el pabellón 6 (por cuarta vez) y el pabellón 8 (por quinta o más veces). Son los pabellones donde hay mayor cantidad de internos. Las luchas entre ellos por controlar Lurigancho son las causantes de la mayoría de los motines. Cuando hay un motín, las bandas tratan de seducir a los reclusos del pabellón 11 para que estén de su lado. En el pabellón 11 viven los ex policías y son los que tienen mayor cantidad de armas.

En Lima, también se tiene que sobrevivir. La plata no alcanza, la ansiedad abunda y el empleo escasea. Los menos afortunados se dedican al crimen y acaban en Lurigancho. Así le pasó a Omar. Vive en el pabellón 6, ya van cuatro veces que entra al penal: un total de 23 años. Siempre por robar, siempre lo atrapan. La última vez no tardó ni un año en regresar: le robó la cartera a una señora y a media cuadra se encontraba la comisaría de La Victoria, su barrio. Hoy, a los 58 años, con el cabello gris y arrugas alrededor de los ojos, vuelve a salir libre. Celebra con 'chicha canera' (mezcla de frutas fermentada con arroz y azúcar) junto a sus amigos de la banda 'Los Vikingos' de La Victoria, quienes lo acogieron desde el primer día que entró. En Lima no tiene familia. Cuando el policía le dice que es hora de irse, Omar no recoge ni sus ropas ni sus mantas. Se despide de sus amigos, quienes le dicen "hasta pronto". Saben que regresará. □



¿DÓNDE HAN IDO A PARAR LOS POLVOS... EN LA LITERATURA PERUANA?



FOREPLAY (JUEGOS PARA ENTRAR EN CALOR)

Iniciar. Casi siempre es difícil. Besar las ideas, palpar las palabras, acariciar las oraciones, romper el himen de la página en blanco y eyacular el primer chorro de tinta. Abrir un libro es una aventura iniciática. Regodearse, con placer voyeurista y con febril lectoría, en los miasmas de la creación literaria, sumergirse en la vida que seguimos entre letras.

¿Erotismo? Sexualería, diría el licenciado (y licenciado) Marco Aurelio Denegri. Y la literatura, siendo espejo, reflejo o un posmoderno y ahorado caleidoscopio de la realidad (en este caso, con todas sus limeñeses y criolladas), muestra con crudeza de entomólogo, con el candor de la poesía y con la carnalidad de la narrativa, esa vida que se escapa a los más alucinados deseos. Deseos ocultos en el fondo del diván del recato, la moralina y la cucufatería. Por un lado, los romeos no consuman su idealizado 'hacer el amor' con sus ruborosas julietas (ni en Lima ni en sus conos; menos afortunados son los personajes literarios últimos) y descienden a un ejercicio amoroso promedio y cumplidor. Tampoco se espera el 'hacer cositas', con risitas, sudando pudor, de color rosado y aroma a fresa. ¿Qué es lo que se encuentra, entonces? Sexo descarnado, silvestre y urbano, tentador y pecaminoso, furioso y desesperado, pagado y forzado, aventajado y avasallante. A fin de cuentas, sexo sin contemplaciones ni perdones. La mesa está puesta, señores. Servirse con moderación, hasta colmar el apetito del Ser superior y la mata inferior.

POLVO SOMOS (Y QUEREMOS)

En el innumerable centro de Lima, en el anclaje de Quilca y Caylloma, con su zanja en Ocoña, otrora edén de cambistas de dólares MUC, transcurrió la atolondrada vida del personaje dibujado por Fernando Ampuero en *Caramelo Verde*. Templado de Mabel, doméstica ricotona del edificio donde vive, y acalorado por "las tensas formas de su cuerpo vibrando debajo de su vestido". Perturbado por la inquietante y huidiza presencia, una verdadera "ruca altanera", la acorrarla, ella, quítame el mandil, con las piernas atenazando sus caderas. Mabel suspiraba como en "rezo a un dios desesperado", y luego de agarrar su sexo húmedo, él se "hundió profundamente en ella". Consumado está. Páginas más adelante, la traición por los verdes oscurecerá el gozo.

"MI PISTOLA ES LARGA Y A VECES HUMEA DE NOCHE" (GUILLERMO NIÑO)

Cambiamos de sábanas, se mantiene el catre y su filo, permanece el ring de agotadoras luchas y de excitantes gozos. Siempre son importantes y vitales los aperitivos, los escenarios liminares como la introducción (aún no penetración) de un libro. Y en la Lima, esos son las cantinas y trocas¹, los micros y las combis, el chifa y el pollo a la brasa. ¡Ah, no! Como buen comensal y buen semental, la rigurosidad es elemental.



"Siempre andamos buscando algo que sea como el amor, pero sin los problemas del amor"

(Gabriel García Márquez)

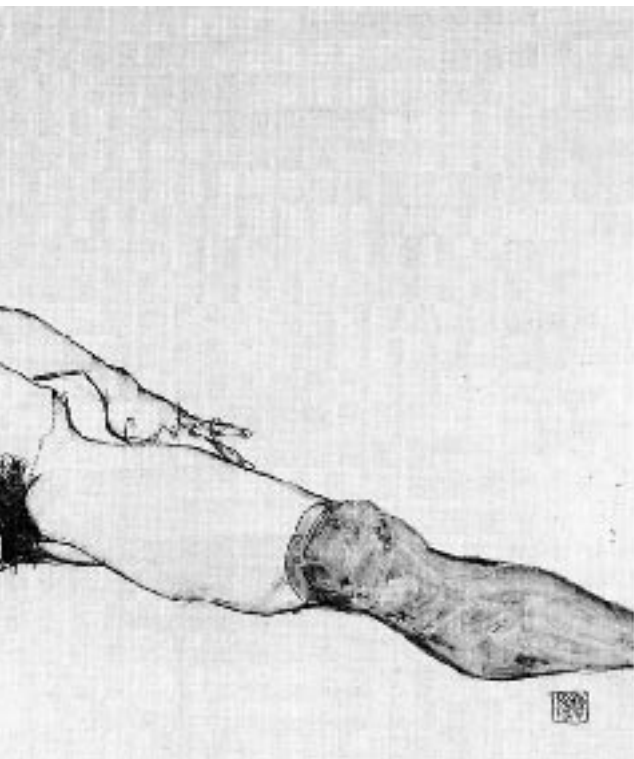
"¿Existe aquello? ¿Dónde buscarlo?"

(Un ingenuo)

En la Magdalena (llorosa y lujuriosa) de Óscar Malca en *Al final de la calle*, M, el atormentado y confundido protagonista, desprende y desabotona el apetito de su animal, esa lanza erizada *in crescendo*. Y sobre ruedas, colgado, en un bus repleto de gente, compartiendo olores y sudores. Una despreocupada chiquilla, una escolar de uniforme gris, mirando por la ventanilla, inclinada delante de M, que “sen-

más fieros que moran en los pagos meloso de la melancolía”). Y cuando el roce de cuerpos afiebrados aumenta, la sensualidad trepa hasta hacerse mortal. Compañía cubierta por pelanduscas, odaliscas y putas danzarinas. Siguiendo ese manual de comportamiento ‘abacanado’ que el agraciado Cara de Ángel (en *Los inocentes* de Oswaldo Reynoso) predica, “hay que saber fumar, chupar, jugar, robar, faltar

DIBUJOS: EGON SCHIELE



tía la mullida carnosidad de un trasero nada despreciable”. Preso y esclavo del calor², acerca su punzante presencia hasta el encuentro de fronteras. Isla y península. Ella, en atípico viaje urbano y pagando pasaje, “sintió que una tibia y cilíndrica pulpa atravesaba muy despacio la rendija que dejaban sus blandos muslos pegados uno junto al otro”. De ahí, baja esquina.

“ARDIENTE DEFENSOR DE LAS VIRTUDES DEL PECADO, SIN SUS FASTIDIOSAS E INÚTILES PENITENCIAS”

(ARMANDO ROBLES)

El pecado se inició con las religiones, gritó Nietzsche. Pero el pecado, como el pescado, cuando viene sudado, es rico, delicioso, escuché decir. Las manzanas (¿o no, Eva?), como las tentaciones, son ineludibles, atractivas. Es un plus de lo prohibido, de que no me ampayen. Y cuando vienen revestidas con un velo de ternura, como el efebo/perverso Fonchito, son doblemente comestibles. *Elogio de la madrestra*, novela de Marito Vargas Llosa, es el primer camastro de Fonchito y su madre política, la voluptuosa Lucrecia. Luego vendría el segundo, con postre y refresco, en *Los cuadernos de don Rigoberto*. Un verdadero servicio completo³ hasta que esos ejercicios públicos (“yo te me entrego, me te masturbas, chupatemémonos”) se volvieron públicos, y Rigoberto, papá libidinoso a mansalva, enfurecido, celoso, en un “arrebato incontenible” les puso fin.

BAILES HORIZONTALES

Eloy Jáuregui habla de la rodilla, impredecible, encajada en las piernas carnosas de la mujer a la hora del bolero. Bolero como baile ardiente y vertical, preámbulo de esa otra danza, la horizontal y descarnada, en la pista de baile entre sábanas (“de cómo el bolero hiere, horada y estruja los cuerpos

al colegio, sacar plata a maricones y acostarse con putas”. Otro catedrático de la calle y el lupanar es Ludo (de *Los geniecillos dominicales* de Julio Ramón), encarcelado en Estrella (y algunas golpizas del ‘Loco’ Camioneta) y el “placer que produce el vicio cruel del beso, vicio rudimentario, vestibular, a medio camino entre la posesión y el fracaso”.

“PAPA, QUE SIN TENER MIEL, ENCAMOTA MEJOR QUE EL CAMOTE”

Gregorio Martínez filosofa sobre la vagina, la chucha o la concha. “Ocurre que vulvas y conchas se parecen no solo en el aspecto, labiales, pero también en los efluvios. Ambas huelen a mar, a mar, a mar y leche cuajada”. Por otro lado, la chucha es una concha bivalva, prima de las almejas. Doris Moromisato en *La misteriosa metáfora de tu cuerpo*, delira recreando una conversación de ‘labios’, como un lubricado ensamblaje de dos tijeras.

Post-coitum (cigarro o seguir comiendo)

Una frase que pocas películas porno explotan, es aquella en que la fémica, extasiada y ahogada, grita y repite “me muero, me muero”. En Francia, al orgasmo, a ese punto del no-regreso, lo bautizan como *petit morte*, una pequeña muerte. Más atinada no puede ser la frase del francés, también, Bataille: “El sentido último del erotismo es la muerte”. Más criollo, Max Silva lanza: “la cópula es una cachita a la muerte, un acercamiento al abismo infinito”. De los que salimos bien parados, aunque más abajo, algo alicaídos. En ese sentido, no podemos negar el acercamiento al clímax por un atajo en el barrio del dolor. Si la sexualidad aflora violenta, arrechante, apasionada, descabellada o atolondrada; no debe significar un cataclismo. A fin de cuentas, el erotismo, como la revolución, no es calco ni copia. Es creación heroica. □

POR MANUEL BONILLA

(Footnotes)

¹ Huariques celeberrimos y con sazón: Tajamar, Huatica, Colonial, México, Floral, hotel San Pablo y Trocadero. En todo caso, con soberano eufemismo, las llamadas ‘casas de tolerancia’.

² “¡Oh, recluso! Si aspiras al paraíso/ ve aprisa hacia el lugar/ donde moran las mujeres de la lujuria”. (Kuttni Mahatmyam).

³ Fueron las prostitutas charapas de México las primeras en ofrecer ese “servicio completo: atención por tres caminos”.

Un paseo en cuatro ruedas y muy lejos de las nubes

POR MILAGROS GONZÁLEZ
GANADORA DEL CONCURSO DE CRÓNICAS ORGANIZADO POR
LA ESPECIALIDAD DE PERIODISMO EN EL VI COLOQUIO
DE LA FACULTAD DE CIENCIAS Y ARTES DE LA COMUNICACIÓN.

FOTOS: LUCERO DEL CASTILLO

Quien se anime –porque realmente hay que tener ánimos– a dar un paseo por Lima, no tiene más que invertir el valor del costo de un pasaje en microbús y darse por más que satisfecho. Lo digo con conocimiento de causa.

No se piense que un buen día, con mochila al hombro, zapatillas bien amarradas, una botella de agua y unos cuantos soles en el bolsillo se me entrasen las ganas de conocer la tierra que –literalmente– me vio nacer.

No hubo motivación antropológica, sociológica, ni menos periodística. Era el simple hecho de tener que atravesar la ciudad para ir a trabajar.

De un tiempo a esta parte, se me ha hecho costumbre aguantar el gesto desagradable y la frase “aaaasu, vives en el culo del mundo” pronunciada por compañeros y personas cuando se enteran de que vivo en

Surco, pero en aquella parte colindante con Chorrillos, muy cerquita del tristemente célebre puente Atocongo. Ahora, la zona se ha vuelto populosa: el cono sur se expande cada vez más, y me consuela saber que poco a poco la gente asumirá que no vivo en el limbo.

Diría entonces que a Lima la conozco a retazos, de a poquitos y no con mucha premura. Viajar en bus me ha demostrado su realidad, y además la posibilidad de conocerla desde sus entra-

ñas, desde lo más profundo de sus vísceras, hasta llegar a esa epidermis con olor a perfume Lancome. Porque Lima es así, es como un ser humano, que con los años se desgasta y renueva a la vez, y yo sentada en una de sus plaquetas, recorro sus arterias y venas, una y otra vez, y siempre encuentro algo o alguien nuevo.

Mi largo periplo se inicia a pocas cuadras de mi casa, en una avenida muy transitada y que, en ciertas ocasiones, se ha teñido de rojo carmesí. El sol, en verano, quema implacablemente, mientras que en invierno, la garúa –a veces tenue, a veces intensa– forma grandes charcos y ocasiona el patinar de algunos vehículos. Son las 10 y 25 de la mañana y sólo debo esperar unos cuantos minutos para ver asomar el bus que, tras hora y media de recorrido, descansará unos minutos en la avenida Abancay, frente a la sede de la Biblioteca Nacional, para que yo pueda bajar y dirigirme a mi centro de labores: el Banco Central de Reserva.

Recuerdo que mis primeros recorridos dentro de Lima se los debía a las ocasionales visitas a casa de mis abuelos en Comas. Mi familia y yo abordábamos la línea de buses N° 36, más conocidos como los “Rosaditos”. Para mí, era realmente un martirio. Pero, ¿qué era lo que me molestaba de transportarme en bus? Papá decía que era la distancia, yo digo que no. Era en sí el recorrido, era ver miseria por la ventana derecha y suciedad por la izquierda, era ver hacia arriba y ver un techo gris, humeante, y mirar abajo y ver el asfalto con sobresaltos. Era olfatear y estúpidamente creer que los únicos que olíamos rico éramos mi familia y yo. Era el miedo a saber que aquella no era sino mi más próxima realidad.

Ahora, después de 15 años, abordo la misma línea de microbuses, pero los choferes y cobradores ya no son aquellos señores que pintaban canas: ahora son unos avezados jóvenes inmigrantes que deambulan como almas que lleva el diablo. Porque Lima ha cambiado, y yo con ella.

Tras haber recorrido unos diez minutos, hace su ingreso al bus el primer pescador de monedas al paso. Es un niño, que habla bajo, casi balbuceando, medio entona una melodía y rasquetea con un peine su pseudo instrumento musical. Pienso que Lima se despierta así, de a poquitos, con mucha pesadez y poca energía.



Dirijo entonces la mirada tras la ventana esperando ver mejor panorama, pero veo latas de sardina gigantes que pasan raudamente rozando el bus; son otros buses que llevan consigo a gran parte de la PEA (población económicamente activa), es decir, manos pujantes y laboriosas que parecen haber escogido adrede un trabajo al otro extremo de su hogar.

El recorrido prosigue: ya estoy en Surquillo y medito acerca de la sensación de estar colindando constantemente con el paraíso y el infierno. Un paraíso privado para quien duerme su siesta con la boca pegada al vidrio, manteniéndose así al margen de escuchar la nunca melodiosa voz de un pequeño que aúlla para vender sus "OLE OLE". Un paraíso también para quien, ensimismado en su libro de bolsillo, no pierde la vista a ninguna línea. Paraíso para aquellos pequeños que juegan en plena Avenida Manco Cápac –si ya estoy ahí, porque Córpac (San Isidro) no es sino el sólo ir y venir de gente entrenada y chicas oliendo rico y la avenida Petit Thouars no tiene nada de "extra-ordinario"– que rozan sus caritas con el humo fétido de los microbuses. O quizá paraíso para aquel que, sentado al costado del chofer con discman prendido al cuerpo, tararea la canción de moda. Y es que Lima ofrece paraísos e infiernos en cada esquina, en cada cuadra, en cada paradero. Es cuestión de uno el escoger alguno de ellos. Generalmente escojo el infierno, porque mi idea de edén dista mucho de encontrarlo en alguna avenida capitalina.

Ya en plena plaza Manco Cápac, volteo la cara para encontrarme de frente con esos ojos angustiosos, ese andar pausado y labios reseco del moreno que siempre se lleva la mano a la boca en señal de hambre. No sé si pide dinero, comida, o sólo realiza ese acto por inercia. Sólo se que me dice que Lima tiene hambre. Trago saliva. Ya estoy por llegar, sólo tengo que cruzar el parque universitario, y la avenida Abancay me recibe con una serenata de pitos policiales entremezclados con bocinas estruendosas. Dos cuerdas más y ya: "Miro Quesada baja", digo. "Cruzando, ya señorita", es la respuesta que recibo. Mentira, se alejan dos cuerdas, aún más, y recién puedo bajar. Pienso: Lima es así también de irregular.

Son ya las 12 del medio día. Un ambiente de cierto confort me espera. Ello me reconforta de alguna manera, e inconscientemente espero que las horas se prolonguen para no abandonar ese espacio de tranquilidad y comodidad. Pero veo el reloj y ya son las 8 de la noche. Debo partir a casa.

Lima, llena de lucecitas, me acoge de nuevo. Estamos en la hora punta, dice el discjockey de la radio sintonizada en el microbús de turno. Pero Lima parece resistirse a dormir aún; cual borracho molesto hace mucha bulla antes de quedarse quieta. Patalea, llora, canta, ríe, se lamenta, vuelve a llorar y a sonreír.

El microbús va recogiendo pedacitos de Lima. Trocitos de realidad, a veces cruda, a veces bien sazonada, como cuando sube ese moreno, cajón en mano, dientes amarillentos y ceniza barba: "Señores, aquí se arma la jarana. A ver, sobrina, báilate este festejo pa' armar el ambiente... uy curuju. Esto está que quema". Y empieza el traqueteo de las manos con la madera. El moreno se lleva más que las monedas, se lleva las sonrisas de los pasajeros, y demuestra que Lima tiene su quimba.

Las historias a bordo del microbús se suceden una tras otra; la siguiente más trágica que la anterior. Yo prefiero mirar tras la ventana y cerrar los ojos. He visto demasiados payasos de carne y hueso durante el día, y ver uno de trapo –manejado por un joven titiritero– no me llama la atención. "Pirulín" –que así se llama el mentado muñeco– hace unas cuantas gracias más y desaparece, llevándose también monedas y sonrisas. Pienso que Lima también es "Pirulín" que ríe forzosamente y muestra sus caretas de manera sinvergüenza.

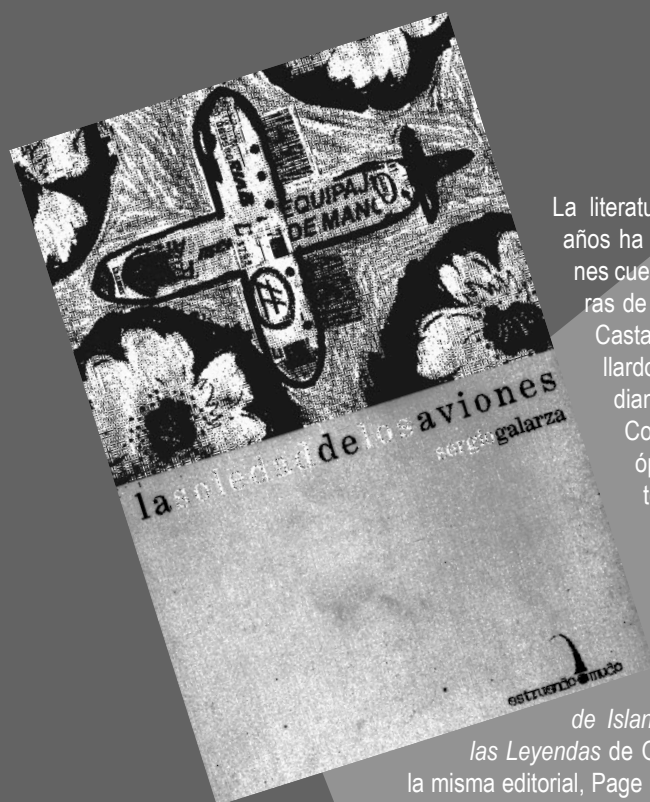
Veo a mi alrededor rostros boquiabiertos, bocas que engullen y ojos muy cerrados. Algunos otros miran hacia fuera, tratando de mostrar indiferencia a lo que está más próximo a ellos. Lima esta cansada. El cielo es opaco, marchito y gris. Sólo una inmensa bola plateada me acompaña sin chistar, mutis, sonriéndome de tramo en tramo como tratando de darme fuerzas y paciencia.

Son quince horas semanales de este trajinar. Tiempo suficiente para ver postales en movimiento de mi ciudad natal. El recorrido en microbús es una suerte de vitral, de mirador privilegiado desde donde puedo escoger y visionar los más disímiles paisajes. Es así como, a diario, confecciono un collage que me dice cómo anda mi Lima, de dónde viene y hacia dónde va. Última parada. Aquí me bajo. □



NUEVA NARRATIVA PERUANA

Al final de la calle (HAY UNA AUTOPISTA)



La literatura peruana de los últimos diez años ha acusado el golpe de cuatro jóvenes cuentistas que proceden de las cantaras de nuestra universidad. Luis Hernán Castañeda, Johann Page, Carlos Gallardo y Leonardo Aguirre –tres estudiantes de Literatura, y este último, de Comunicaciones– han publicado sus óperas primas sin mucho aspaviento. Pero la crítica ha ponderado sus méritos y los ha ubicado ya dentro de nuestra historia literaria reciente.

A mediados del 2004, el sello Estruendo Mudo publicó *Casa de Islandia* de Castañeda, y *Parque de las Leyendas* de Gallardo. A fines de ese año, bajo la misma editorial, Page nos ofreció *Los puertos extremos*. Y hace apenas dos meses, *Manual para cazar plumíferos*, de Leonardo Aguirre, apareció en las librerías gracias a la edición de Matalamanga.

Entre el año pasado y principios de este, los narradores mayores no publicaron nada nuevo en el terreno de la ficción (Vargas Llosa, Bryce, Ampuero, Niño de Guzmán o Cueto). Eso favoreció que la crítica pusiera los ojos en la ópera prima de estos cuatro jóvenes narradores. Pero, antes que por una cuestión circunstancial, las obras de este cuarteto resaltan por méritos literarios.

EL AULA Y LA CALLE

No obstante la diversidad, los cuatro libros demuestran más denominadores comunes que desencuentros. Ya quedó atrás la fórmula relamida del malditismo, el sexo, las drogas, el rock y los guiños al cine de Tarantino. Quedó atrás la simple aventura accidentada sin brillo formal. Quedó atrás el efectismo y la replana gratuita. Castañeda, Page, Gallardo y Aguirre son de la generación del chat, el Play Station, los Simpson, el éxtasis y la música electrónica, pero demuestran una cultura literaria que, sobre el papel, habían olvidado los autores del interregno literario de la última década (exceptuando a Thays y Bellatín). Carlos Gallardo, en su web-blog, afirma que se trata de “una propuesta de literatura culta frente a una generación más comercial y ligera”.

BENDICIÓN Y MALDICIÓN DE LOS PONTÍFICES

González Vigil ha dicho, acerca de Johann Page y Luis Hernán Castañeda, que conforman la “revelación narrativa del 2004”. Además, Castañeda recibió críticas elogiosas de Thays y Alonso Cueto. Por otro lado, con respecto a Leonardo Aguirre, Alonso Alegría puntualizó –en una columna de *Perú 21*– la “técnica audaz” y el “control eficaz del lenguaje” (además de vaticinar que ganará el premio Cervantes). Y Armando Robles Godoy, en torno a *Manual para cazar plumíferos*, asegura que este libro abre “una puerta tan amplia que abarca los extremos opuestos de la aventura literaria”.

Sin embargo, también aparecieron los detractores. Javier Ágreda, en un artículo reciente para el suplemento “Identidades” de *El Peruano* –“Retrato del narrador adolescente”–, analizó a los tres autores de Estruendo Mudo y remarcó su capacidad para jugar con los elementos formales, pero no piensa que los tres conformen una nueva generación. Luego, Roberto Limo, en una reseña para el diario *Correo*, define los textos de Leonardo Aguirre como obvios ejercicios de estilo e intuye que el autor publicó estos cuentos sólo para deshacerse de ellos y embarcarse en un proyecto mayor.

EL ESTILO ES EL HOMBRE

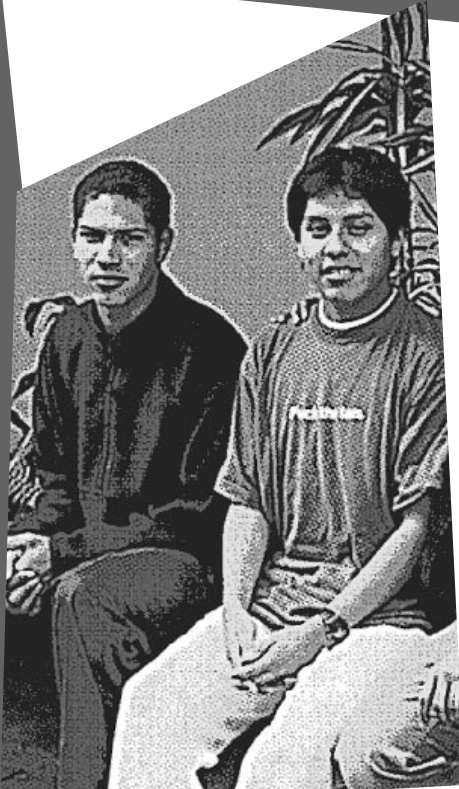
Los cuatro citados reclaman el protagonismo del lenguaje. Y, como hemos visto, tirios y troyanos coinciden en resaltar esa preocupación por el manejo de la forma. Nosotros añadiremos que esa característica los diferencia de la gran cantidad de narradores aparecidos en los noventa, que sólo se sostienen en la peripecia. La prosa casi poética de un Page o un Castañeda, el academicismo de Gallardo o los retruécanos festivos de Leonardo Aguirre dejan en claro que no basta con transcribir la desmadrada experiencia callejera (Malca, Rilo, Galarza, Roncagliolo y Bayly: prosa sin relieves en obvia deuda con el realismo sucio norteamericano).

CONFESIÓN DEL HINCHA

Ciertamente, es necesario esperar algún tiempo para mirar atrás y situar a estos cuentistas jóvenes en comparación con la centena de nombres que atestan las librerías. Y un primer libro no basta para sacar conclusiones. Pero lo que este redactor sí puede decir, honestamente, es que hace mucho tiempo que no leía a escritores peruanos jóvenes con tanto placer: ahora espero con ansiedad los próximos libros de Aguirre, Page, Castañeda y Gallardo, sabiendo de antemano que han demostrado el talento necesario para entrar en la historia. □

POR MIGUEL ÁNGEL MEJÍA

ACORTANDO distancias



**CONSTANTINO
CARVALLO
DESARROLLA UN
INTERESANTE
PROYECTO,
INTEGRANDO A
JÓVENES
ALIANCISTAS A LAS
AULAS DEL
COLEGIO "LOS
REYES ROJOS".**

Lima, la que algún día fue la "ciudad jardín" o "ciudad de los reyes"; es hoy totalmente distinta. 8 millones de individuos, que más allá de compartir el mismo lugar en el mapa de esto que se llama Perú, tienen poco o nada en común.

Pero esta Lima que tiene espacio para todos mantiene sus distancias subconscientes, cada quien tiene un lugar y raramente se cruzan; más allá de algún partido de fútbol que pueda disputar nuestra selección nacional.

Sin embargo, analicemos la experiencia planteada por alguien que cree que individuos diferentes pueden compartir los mismos espacios, enriqueciéndose de esas diferencias.

Constantino Carvallo, director del Colegio "Los Reyes Rojos" ingresó a trabajar en la división de menores del club Alianza Lima hace varios años y entendió la importancia de darles una educación de calidad a estos jóvenes, para que tuvieran la capacidad de administrar su éxito y de buscar otras alternativas en la vida, además del fútbol, no dependiendo de los buitres que explotan su talento.

Fue entonces cuando surgió la idea: algunos de estos jóvenes asistirían becados a los Reyes Rojos, colegio de clase media que se caracteriza por su apertura y respeto a todas las razas y credos. Difícil tarea, ya que una cosa es ser negro o mestizo y pagar la pensión y otra muy distinta es tener esas características y ser becado. Así se encuentran dos mundos y damos paso a un espacio, literalmente, de "todas las sangres".

Para el promotor de este proyecto, la idea es darles educación e incluirlos en una ciudad que muchas veces los discrimina. "Habría ya que cambiar la historia. Lograr la formación del deportista. Ello supone invertir en educación. Una educación que por el momento pueda compensar las carencias del hogar y de la escuela. Así, jugadores que crecieron sin complejos, sanos, seguros de su valor, podrán volcar en la cancha no sólo su talento sino también su virtud moral, su fuerza y su tesón. Y la prudencia animará sus actos fuera del campo hasta que llegue la hora del retiro y puedan dedicarse a disfrutar de su capital bien invertido y de sus intereses postergados. Lamentablemente suena a utopía".¹

El psicólogo, Lawrence Kohlberg, quien elabora la teoría del desarrollo moral, sostiene que la inteligencia y el juicio moral se desarrollan más aceleradamente allí donde se encuentran mundos diferentes. La confrontación de credos, costumbres y maneras, hace que cada quien amplifique su propia individualidad al incorporar el discurso ajeno.

Conversamos con estudiantes de este colegio para que nos contaran sus experiencias y anécdotas. Lo primero que les vino a la mente fue cuando recién llegaron. Ellos mismos se aislaban creyendo que iban a ser excluidos, eran agresivos con los demás. Sin embargo, eso fue cambiando, aunque algo que siempre los caracterizó fue que ellos siempre se mantenían juntos.

"Aportaron un montón a la promoción, tenían otra forma de entender las cosas, otras habilidades; además era una realidad totalmente distinta: uno de ellos lavaba su ropa y tenía las manos todas cuarteadas... parecía viejito. Pero lo mejor fue que trajeron la salsa, ningún otro chico quería bailar porque no sabían, entonces en las fiestas, los de Alianza bailaban con nosotras".

"Una chica de la clase era rubia platinada y de piel bien blanca y desarrolló una amistad muy linda con varios de ellos, pero como tenía una hacienda en Chincha los profesores la fastidiaban y le decían que ellos eran sus esclavos. Nosotros nunca hicimos esa broma porque de nuestra parte si se podía malinterpretar".

Paolo Guerrero integró la promoción desde sexto de primaria y sus ex compañeros lo recuerdan con mucho orgullo: "El primer partido que jugó por Perú fue por la sub-17 contra Venezuela, creo, esos partidos que nadie ve, pero casi toda la promoción fue a verlo, y era impresionante ver a un compañero tuyo representando a tu país. Es lo máximo. La gente iba a casi todos sus partidos. Verlo graduarse fue emocionante". El caso de Farfán es distinto: él llegó en quinto de media, pero entrenaba en las mañanas, por lo que no estaba en clases, sólo iba a las asesorías. Tampoco estuvo en la graduación, pero igual se sienten orgullosos.

Sin embargo, no todo fue color de rosa. A veces, los prejuicios traicionan y se ven cosas, donde no las hay "cada vez que se perdía algo en el colegio, miraban a los de Alianza, incluso habían personas que ponían candado a sus mochilas".

Otra queja que generó esta iniciativa fue el aumento de las pensiones. Cada año subían y se empezó a especular sobre las causas. Muchos decían que se debía a demasiadas becas: "Todos los años entraban chicos nuevos de Alianza y la gente les echaba la culpa, pero la verdad es que no solo ellos eran becados. Muchos teníamos media o un cuarto de beca y no teníamos nada que ver con Alianza".

Como todo en la vida, es cuestión de adaptarse. A veces el temor a lo desconocido nos limita y nos hace desaprovechar experiencias que pueden resultar enriquecedoras. En este proyecto, se mezclaron dos realidades opuestas, pobreza vs. mejores condiciones económicas, futbolista profesional vs. universitarios o artistas. Pero haciendo un balance debo decir, que estos chicos se sienten orgullosos y que realmente algo en sus vidas es distinto. Ellos no leyeron sobre la pobreza, la desnutrición o el no tener donde vivir, para ellos fueron sus compañeros de carpeta y definitivamente la entienden mejor que muchos.

Si eso los hace mejores personas o a los aliancistas mejores profesionales, entonces creo que podemos decir "tarea cumplida", porque al menos en algún lugar de Lima se derribaron los muros y finalmente fuimos una sola voz. □

(Footnotes)

¹ Constantino Carvallo "Mamá Alianza: Juntos y también revueltos". Lima, Revista Quehacer 129. marzo-Abril 2001



Sally Bowen indignada

La co-autora del libro *El Espía Imperfecto: La Telaraña Siniestra de Vladimiro Montesinos*, habló sobre el polémico fallo en su contra en la conferencia realizada por el Círculo de Estudios de Periodismo y Derecho de la PUCP.

Cincuenta alumnos de periodismo escuchan el discurso de la rubia periodista. Pero no entienden lo que dice. El problema no es su castellano. Tampoco su notorio dejo inglés. Sabe pronunciar la *erre* que a la mayoría de gringos les cuesta tanto. Conjuga bien los verbos. Habla pausado y con orden. Pero igual siguen sin entender lo que está diciendo. ¿Cómo el Poder Judicial del Perú pudo reinventar la lógica para sentenciar a una mujer por decir algo que no dijo? Eso tiene a todos indignados. Y aún más a Sally Bowen.

Los hechos que le han causado tanto líos a la Sally Bowen son los siguientes: en su libro *El Espía Imperfecto*, citó el testimonio del ex agente DEA, Oscar Benítez, quien involucró a Fernando Zevallos con el delito de narcotráfico. El mismo Oscar Benítez, que en un careo con Zevallos, en el juicio que se le sigue al ex presidente de AeroContinente, le dijo "narcotraficante y asesino". La sola mención de su testimonio le costó a Sally Bowen una sentencia en su contra y en contra de Peisa, su sello editorial.

La periodista ya se cansó. Ha hablado durante treinta minutos, esforzándose por resumir a toda prisa las razones por las

que Fernando Zevallos la demandó, la procesó y le ganó el juicio por difamación. Aún sigue con el gesto de rabia y confusión con que llegó al salón de conferencias. Es probable que aun esté aturdida por su último descubrimiento: la justicia en el Perú tiene sus excepciones.

El abogado Iván Meini, sentado junto a Sally Bowen, observa el expediente del fallo judicial y no puede creer lo que dicen esos papeles. Ahora que Sally Bowen ha contado su caso, él tiene que dar el sustento jurídico de la sentencia. ¿Es posible sustentar algo así?

Sin rodeos, Meini también está indignado. Contra todo pronóstico, el fallo judicial del juez Alfredo Catacora ha saltado con garrocha sobre la más elemental teoría jurídica para acomodarse bajo Dios sabe qué sustento legal. Con meticuloso orden, el ex procurador ha repasado el caso. Su recuento va desde lo que significa libertad de expresión hasta la posible lógica utilizada por el juez Catacora para condenar a Bowen y Peisa. Pero Meini lo sabe: aquí la lógica está en debe.

En la misma mesa y en silencio durante casi toda la conferencia está Germán Coronado, editor de *El Espía Imperfecto*. Sally Bowen lo mira por un segundo y se sonríe: "Germán siempre toma estas cosas con humor". El humor es lo último que le queda ahora que las arenas movedizas del Poder Judicial han empezado a devorarlo. El humor es, de hecho, lo último que le queda para no llorar por la reparación civil de 10 millones de dólares que él y Bowen deben pagarle Zevallos. Claro, Coronado también está indignado con lo que le está sucediendo, pero al menos lo toma con calma.

El periodismo parece atrapado en la telaraña de un poder judicial vergonzoso y que fuerza a creer en la existencia de una mafia vivita y coleando. La coyuntura da luces sobre el valioso rol del periodismo independiente y auténtico, que se ensucia las manos, lava los trapos sucios y los expone en el cordel de la opinión pública. El periodismo no puede ser callado, ni con mordazas legales, ni ser empujado a situaciones incómodas como la de Sally. □

POR JORGE LUIS CRUZ
FOTOS: ARCHIVO PUNTO.EDU

